

Cuerpo editorial

Director de la revista

Pablo Bonavena (UBA - UNLP)

Director honorario

Miguel Angel Beltrán Villegas

Equipo de dirección

Miguel Ángel Beltrán Villegas (Universidad Nacional de Colombia)

Carlos Figueroa Ibarra (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla)

Flabián Nievas (Conicet / UBA)

Comité académico

Roberto Merino (Universidad de Chile)

Darío Azzellini (Universidad Johannes Kepler)

Mariano Rodríguez Otero (UBA)

Luis César Bou (UNR)

Mariana Maañón (UBA)

Robinson Salazar (Universidad Autónoma de Sinaloa)

Fabiola Escárzaga (Universidad Autónoma Metropolitana)

Adrián Scribano (Conicet / UBA - CIES)

Inés Izaguirre (UBA)

Raquel Sosa (UNAM)

Jorge Lofredo (CEDEMA)

Enzo Traverso (Universidad de Picardía - École de Hautes Études en Sciences Sociales)

Alberto López Limón (UNAM)

Miguel Vázquez Liñán (Universidad de Sevilla)

René Martínez Pineda (Universidad de El Salvador)

Comité editorial

Darío de Benedetti (UBA)

Alberto Levy Martínez (UBA - UNLZ)

Mariano Millán (Conicet/UBA - UNLP)

Diego Martínez (UBA)

Iván Poczynok (UBA)

Renzo Stefanizzi (UNLP)

Diseño Marcelo Garbarino

Cuadernos de Marte

Revista latinoamericana de sociología de la guerra - ISSN1852-9879

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Presidente J. E. Uriburu 950, 6º Piso- (C1114AAD) Buenos Aires, Argentina

Tel (5411) 4508.3815 / Fax 4508.3822

E-mail: iigg@mail.fsoc.uba.ar - cuadernosdemarte@yahoo.com.ar



Sumario

Introducción	05
--------------------	----

Lecturas

Neiberg, M. (2006) <i>La gran guerra. Una historia global (1914-1918)</i> . Barcelona: Paidós. 368 páginas.	11
---	----

Por Juan Luis Besoky

MacMillan, M. (2013) <i>1914. De la paz a la guerra</i> . Madrid: Turner. 847 páginas.	16
--	----

Por Pablo Augusto Bonavena

Strachan, H. (2004) <i>La Primera Guerra Mundial</i> . Barcelona: Crítica. 377 páginas.	22
---	----

Por Pablo Augusto Bonavena

Stone, N. (2007) <i>Breve historia de la primera guerra mundial (World War One: A Short History)</i> Buenos Aires: Ariel. 189 páginas.	29
---	----

Por Juan Sebastián Califa

Keegan, J. (2013). <i>El rostro de la batalla</i> . Madrid: Turner. Capítulo IV. El Somme, 1 de Julio de 1916.	37
--	----

Por Guido Chiossone

Lenin, V.; Trotsky, L.; Luxemburg, R.; Liebknecht, K y Mehring, F. (2014) <i>Marxistas en la Primera Guerra Mundial</i> . Buenos Aires: IPS / CEIP León	
--	--



Trotsky. 318 páginas. 48

Por Guillermo Iturbide (traductor y editor de la obra)

Hardach, G. (1986) *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*. Barcelona: Crítica. 368 páginas.. 58

Por Felipe Livitsanos

Hart, P. (2014) *La Gran Guerra 1914 – 1918. Historia militar de primera guerra mundial*. Buenos Aires: Crítica. 562 páginas. 63

Por Mariano Millán

Ferro, M. (1970) *La gran guerra (1914-1918)*. Madrid: Alianza Editora. 388 páginas. 70

Por Guadalupe A. Seia





CUADERNOS DE MARTE / AÑO 5, NRO. 7B, JULIO-DICIEMBRE 2014
[HTTP://WWW.IIGC.SOCIALES.UBA.AR/REVISTACUADERNOSDEMARTE](http://www.iigc.socials.uba.ar/revistaCuadernosDeMarte)

Cuadernos de Marte y el centenario de la Gran Guerra

Durante 2014 se cumplió el centenario del comienzo de la Primera Guerra Mundial, una conflagración de tal magnitud que sus contemporáneos y protagonistas le llamaron “La Gran Guerra”. Durante cuatro amargos años estos enfrentamientos desangraron casi toda Europa, buena parte del norte de África y el cercano Oriente. Fue casi un lustro del conflicto más grande e intenso que conoció nuestra especie, donde el arte de la guerra cambió por completo y para siempre, llevando al colapso a varios de los imperios más poderosos y antiguos, creando las condiciones para una enorme ola de agitación social que culminó en varias revoluciones sociales y remodelando el conjunto del mapa del viejo mundo y del globo. El socialismo, el Estado de Bienestar, la planificación económica, el fascismo, la lucha anticolonial, en suma, el siglo XX no puede entenderse sin posar la mirada sobre este proceso trascendental.

El centenario del inicio de tamaño fenómeno bélico concitó una interesante atención en los ámbitos dedicados al estudio de la historia, las ciencias sociales, las relaciones internacionales y también la guerra. Prolifera- ron las publicaciones de libros y artículos; desde distintos ámbitos se lleva- ron adelante eventos académicos, conmemorativos, artísticos, etc.; y tam- bién la industria del cine reflató importantes colecciones de películas de fic- ción y documentales, algunos de los cuales fueron exhibidos en canales con audiencia masiva. Naturalmente que este ciclo de actividades fue más febril en los países que participaron de la Gran Guerra, no obstante lo cual en Argentina se produjo una importante cantidad de encuentros que reco- gieron la problemática desde distintos ángulos.



Nuestra publicación fue pionera al respecto. Desde marzo nuestra página de Facebook reprodujo semanalmente un documental acerca de este conflicto, como propaganda preparatoria de las Jornadas a “100 años del comienzo de la Gran Guerra”, que tuvieron lugar en el Instituto de Investigaciones Gino Germani el día 27 de junio. El evento contó con dos instancias. Por la tarde se presentaron reseñas de libros sobre la Primera Guerra Mundial, muchas de las cuales forman parte de este número especial, y al caer el sol funcionaron dos paneles de especialistas con la siguiente composición:

Primer panel:

- “La Sociología ante la Gran Guerra” por Pablo Bonavena [Sociología de la Guerra de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y de la Facultad de Humanidades (UNLP). Director de la Revista Cuadernos de Marte]
- “La historiografía sobre las repercusiones de la Gran Guerra en Argentina frente al caleidoscopio de la prensa periódica de Buenos Aires” por Emiliano Gastón Sánchez [Problemas Mundiales Contemporáneos. Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Becario doctoral del Conicet/Instituto de Estudios Históricos (UNTREF)].
- “La historiografía alemana frente a la gran guerra y el nazismo” por Pablo Buchbinder [Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”. Investigador del CONICET. Profesor de la carrera de Sociología de la UBA].

Coordinador y moderador: Iván Poczynok

Segundo Panel:

- “La Primera Guerra en el Cercano Oriente” por José Villarruel [Historia Social Argentina de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Ex director del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA)].



- “Los orígenes económicos y morales de la Guerra Total” por Darío de Benedetti. [Sociología de la Guerra de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Revista Cuadernos de Marte].

- “La Conferencia de París de 1919 y las limitaciones al Idealismo Wilsoniano” por Fernando Pablo Lavignolle [Teoría de las Relaciones Internacionales. Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Carrera de Ciencia Política].

- “Continuidades y rupturas de la Primera Guerra Mundial” por Flabíán Nievas. [Sociología Sistemática. Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Investigador de CONICET / Inst. Gino Germani]

Coordinador y moderador: Alberto Levy Martínez

Además de quiénes expusieron, un numeroso e ilustrado público participó de estas actividades, contribuyendo con numerosas e interesantes intervenciones acerca de las exposiciones y animando algunos debates de gran riqueza conceptual. Para quiénes se encuentren interesados pueden escuchar el audio descargándolo del siguiente enlace: <https://mega.co.nz/#F!cF1kTJKb!NQ0DPmpwC8INXP8qC3ZVfg>

Semanas después, a principios de agosto, por pedido de la Agencia Paco Urondo, Cuadernos de Marte coordinó un dossier sobre la Gran Guerra. En él escribieron Juan Luis Besoky, Pablo Bonavena, Darío De Benedetti, Mariano Millán y Emiliano Sánchez. El acceso al dossier se consigue pinchando el siguiente enlace: <http://agenciapacourondo.com.ar/secciones/sociedad/15099-a-100-anos-de-la-primera-guerra-mundial.html>

Para la lectura de las notas:

- Juan Luis Besoky: “La gran ilusión: la Primera Guerra Mundial” <http://agenciapacourondo.com.ar/secciones/sociedad/15095-la-gran-ilusion-la-primera-guerra-mundial.html>

- Pablo Bonavena: “La Sociología ante la Gran Guerra: ¿nacionalismo o ciencia?” <http://agenciapacourondo.com.ar/secciones/sociedad/15096-la-sociologia-ante-la-gran-guerra-inacionalismo-o-ciencia-.html>
- Darío De Benedetti: “La cesura histórica de la Gran Guerra” <http://agenciapacourondo.com.ar/secciones/sociedad/15106-la-cesura-historica-de-la-gran-guerra.html>
- Mariano Millán: “100 años de la Gran Guerra. Una breve mirada panorámica del conflicto” <http://agenciapacourondo.com.ar/secciones/sociedad/15097-100-anos-de-la-gran-guerra-una-breve-mirada-panoramica-del-conflicto-.html>
- Emiliano Sánchez: “La prensa y la opinión pública de Buenos Aires ante los inicios de la Gran Guerra” <http://agenciapacourondo.com.ar/secciones/sociedad/15094-la-prensa-y-la-opinion-publica-de-buenos-aires-ante-los-inicios-de-la-gran-guerra.html>

Durante las semanas siguientes, el jueves 4 de septiembre, varios miembros de *Cuadernos de Marte* participamos de las Jornadas a 100 años de la Gran Guerra, realizada en la Universidad Nacional de Luján a instancias de las autoridades de aquella casa de estudios y de la Agrupación Estudiantil Nueva Opción. Pinchando en el siguiente enlace <https://www.youtube.com/watch?v=u7VHXvWP4r8> se pueden ver todas las intervenciones:

- Mariano Millán: “La Gran Guerra. Un enfoque global del conflicto”
- Darío De Benedetti: “La Gran Guerra y los orígenes del siglo XX”
- Mariano Rodríguez Otero: “La Gran Guerra y su gráfica contemporánea. Reflexiones en perspectiva centenaria”
- Matías Maiello: “Los marxistas y la Primera Guerra Mundial”
- Pablo Bonavena: “La Primera Guerra y la revolución social. Una lectura de Lenin acerca de la relación entre guerra y revolución”



Poco después, ya a comienzos de octubre, la Cátedra de Sociología de la Guerra de la Universidad Nacional de La Plata y En Clave Roja – PTS organizaron una actividad de presentación del libro *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*, donde participaron algunos miembros de la revista y otros especialistas (desde este vínculo se puede descargar el archivo de audio <https://mega.co.nz/#!EdtEgRxB!JJX5gOBWrYekJ16AtAtKk9ia2sae5QTimMEb61sLjyY>):

- Pablo Bonavena (2'10")
- Mariano Millán (20'49")
- Guillermo Iturbide (47'07")
- Matías Maiello (1h.21'30")

Además, para aquella ocasión, *La Izquierda Diario* realizó tres entrevistas:

- Pablo Bonavena “Si a alguien tiene que importarle la Primera Guerra Mundial es a los marxistas” <http://laizquierdadiario.com/Pablo-Bonavena-Si-a-alguien-tiene-que-importarle-la-Primera-Guerra-Mundial-es-a-los-marxistas>
- Guillermo Iturbide (traductor y editor del libro) “Son textos de combate político, escritos al calor de los acontecimientos” <http://laizquierdadiario.com/Guillermo-Iturbide-Son-textos-de-combate-politico-escritos-al-calor-de-los-acontecimientos>
- Mariano Millán “Todo lo que pasa en el siglo XX lo marca este gran conflicto mundial” <http://laizquierdadiario.com/Mariano-Millan-Todo-lo-que-pasa-en-el-siglo-XX-lo-marca-este-gran-conflicto-mundial>

Casi con inmediata posterioridad, nuestro director Pablo Bonavena participó junto a Gabriel Schwerdt de la presentación del libro de Trotsky, León (2014) [1914-1918] *La guerra y la revolución. La bancarrota de la II Internacional. El debut de la III Internacional*. Buenos Aires: Editorial Centro de Estudios Huma-

nos y Sociales. Esta actividad fue organizada por Izquierda Socialista y tuvo lugar en Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Para los interesados, en el siguiente enlace pueden ver el registro de video del evento: https://www.youtube.com/watch?v=_eQetHHGPqk

Finalmente, en esta oportunidad editamos un número extra de nuestra publicación, el 7b que el lector tiene en su poder, donde podrá acceder a nueve reseñas de libros sobre la Gran Guerra, escritas por colegas que participaron de las distintas actividades que promovió Cuadernos de Marte durante este año del centenario. Con todo este camino recorrido, y siendo bastante conscientes de lo extenso de aquel por recorrer, esperamos estimular la lectura y el proceso de construcción de conocimiento sobre la Primera Guerra Mundial.

Buenos Aires, diciembre de 2014



**Neiberg, M. (2006) *La gran guerra. Una historia global (1914-1918)*.
Barcelona: Paidós. 368 páginas.**

Por Juan Luis Besoky

Neiberg es Doctor en Historia por la Carnegie Mellon University y actualmente se desempeña como Profesor de Historia y Co-Director en el Centro para el Study of War and Society de la University of Southern Mississippi. Es autor de varios libros sobre la primera guerra mundial. El libro que reseñamos, publicado en inglés en Estados Unidos en 2005, trata sobre la Primera Guerra Mundial desde la historia militar. Comienza directamente con la invasión alemana y la batalla del Marne para a continuación ir desgranando en sus trece capítulos los diferentes frentes de batalla. En su desarrollo hay poco espacio para el análisis de las alianzas anteriores que provocaron el estallido de la guerra o para las consecuencias de la misma. Escrito de manera ágil el libro de Neiberg funciona como una sencilla introducción a las características bélicas del conflicto.

En el primer capítulo el autor narra la invasión alemana sobre Bélgica, cuya innovación fue el bombardeo mediante zepelines que convirtieron a Lieja en la primera ciudad europea en ser atacada desde el aire. También se hizo presente una campaña premeditada de terror sobre la población civil como consecuencia del desconcierto que padeció el ejército alemán frente al accionar de fuerzas irregulares belgas (los fran tireurs - francotiradores). La ciudad de Lovaina fue la primera en padecer las consecuencias de esta campaña de terror (Schrecklichkeit) cuando los alemanes fusilaron al alcalde, al rector de la universidad y a todos los oficiales de policía. Luego quemaron varios edificios, incluyendo la biblioteca de la universidad, para continuar deportando a campos de trabajo y fusilando a otros miles de



ciudadanos belgas. Este accionar sin embargo no le alcanzó a Alemania para conquistar toda Bélgica ni para llegar a París. Producto del uso de una nueva tecnología, la ametralladora, los franceses e ingleses lograron detener el avance alemán en el Marne, adquiriendo la guerra a partir de entonces el carácter de frentes estáticos con largos kilómetros de trincheras a cada lado. El capítulo III retoma el estancamiento del frente occidental, la guerra de trincheras y el uso de armas químicas, utilizadas por primera vez por los alemanes en Ypres en abril de 1915.

Los capítulos II y IV se centran en el frente oriental, narrando los enfrentamientos entre Rusia y Alemania y entre Austria-Hungría y Serbia. Allí la guerra conservó un carácter móvil (a diferencia del frente occidental) pareciéndose más a las guerras de los siglos XVIII, donde la enfermedad, las largas marchas y el combate cuerpo a cuerpo predominaron. Las frustraciones en el frente oriental obligaron a los generales y políticos a buscar otros lugares para forzar el desenlace. El lugar elegido, a propuesta de Churchill, fue Gallípoli. El plan consistía en hacer cruzar a toda prisa el Estrecho de los Dardanellos a un escuadrón de la Marina y amenazar Constantinopla. Este procedimiento se intentó varias veces, con pésimos resultados, e implicó el costo de 250 mil vidas entre británicos y franceses, quienes finalmente se retiraron.

En los capítulos V y XI Neiberg aborda dos temas. Por un lado “el nudo georgiano de la guerra”: la neutralidad norteamericana. Esta estuvo relacionada con las consecuencias de la guerra submarina. Mientras que la Royal Navy británica se dedicó al bloqueo de superficie contra Alemania con el propósito de privarla de alimentos y bienes de equipo del exterior, ésta respondió con el uso intensivo de submarinos contra las líneas de suministros británicas. El submarino tenía la particularidad de no respetar las leyes de la guerra en lo relacionado con los hundimientos, apresamientos y trato a las tripulaciones. Esto sumado a que la práctica de sólo hun-



dir barcos de guerra fue abandonada el 4 de febrero de 1915 cuando Alemania declaró la guerra submarina ilimitada (GSI). A partir de allí todo tipo de embarcaciones, incluyendo las neutrales, fueron objeto de ataque. Esto provocó la queja de Estados Unidos, país neutral, quien luego de enérgicas protestas y amenazas de entrar en guerra logró que las autoridades alemanas suspendieran la GSI en septiembre de 1915. Esta suspensión duró hasta enero de 1917 cuando el alto mando alemán decidió retomarla con la promesa, hecha al káiser, de lograr derrotar a gran Bretaña por el hambre en seis meses, antes de que cualquier soldado norteamericano llegue a Europa. Como sabemos, la GSI no logró sumir a Gran Bretaña en la inanición y aceleró el ingreso yankee en la guerra.

El otro tema que aborda el autor, en los capítulos V y XI, son los otros frentes de la guerra en las colonias en África, Medio Oriente y Asia. Precisamente en Medio Oriente se producirá la rendición más numerosa de la historia británica cuando sir Charles Townshend al mando de una fuerza conjunta de británicos e hindúes fracase al intentar tomar Bagdad, debiéndose rendir junto con sus casi 10 mil hombres a los turcos. Posteriormente el oficial T. E. Lawrence lograría junto el apoyo árabe poner fin a cuatro siglos de dominio Otomano en La Meca, Bagdad y Jerusalén. En África se dio un enfrentamiento propio de la guerra de guerrillas entre la comunidad bóer antibritánica, que se unió a los alemanes, y las autoridades británicas en Sudáfrica. Allí Botha, el primer ministro sudafricano logró derrotar a Alemania y unificar a los colonos blancos para la subyugación de la mayoritaria población negra de la región. En el África oriental alemana, último escenario de la guerra en el continente, un hábil especialista en guerra de guerrillas, Paul von Lettow-Vorbeck, se adentró en Kenia al mando de una fuerza de soldados askari africanos y logró mantener en vilo a los británicos hasta que finalmente se rindió en noviembre de 1918 cuando se enteró del fin de la guerra.



El capítulo VI narra la entrada de Italia a la guerra y la agonía de Verdún. En esta última ciudad se produjo un aspecto decisivo del conflicto: la guerra de desgaste. Verdún no poseía en sí misma ningún valor estratégico sino meramente simbólico, y precisamente por eso fue elegida para desencadenar la ofensiva. Los alemanes buscaban atacar al ejército francés en un lugar donde no les quedase más remedio que combatir hasta el límite para recuperarlo. Según refiere Neiberg, el general alemán Erich von Falkenhayn “propuso introducir la guerra de desgaste a escala descomunal en el frente occidental. Lo que le preocupaba no era romper las líneas enemigas ni ganar terreno ni avanzar hacia los nudos de comunicaciones; en su lugar, lo que buscaba era matar a los franceses con más rapidez y eficacia de la que estos pudieran emplear en eliminar a los alemanes”. No es de extrañar que Falkenhayn haya sido el impulsor de esta estrategia, él mismo había introducido el gas venenoso en Ypres, y bregado vehementemente por la guerra submarina ilimitada y había propiciado un plan para el bombardeo aleatorio de ciudades aliadas. De esta manera, después de 10 meses de intensos enfrentamientos, la batalla de Verdún finalizó con 162 mil franceses muertos y 142 mil alemanes. Sin embargo el plan de Falkenhayn fracasó ya que la guerra terminó desgastando a ambos bandos por igual.

El capítulo VIII se centra en el desmoronamiento del Este con el ingreso de Rumanía a la guerra en el bando aliado en agosto de 1916 y su rápida derrota cuatro meses después. El derrumbe del Este se completa con el triunfo de la Revolución Rusa y la retirada de la guerra concediéndole a Alemania todo lo que pidió. El capítulo IX relata la entrada de EEUU a la guerra con la aprobación del Congreso en respuesta a la reanudación de la guerra submarina ilimitada, y la inútil ofensiva francesa en Chemin des Dames donde se hicieron presentes los amotinamientos. El capítulo siguiente relata otra inútil ofensiva, esta vez a cargo de los británicos, en



Paschendaele, y el desastre italiano en Caporetto, donde las fuerzas austrohúngaras penetraron fácilmente varios kilómetros logrando 275 mil prisioneros italianos, la captura de variado material bélico y el completo desmoronamiento del ejército italiano que finalizó con 350 mil desertores.

El capítulo XII se centra en las ofensivas de Ludenddorf en el frente occidental aprovechando la rendición de los rusos y el enfrentamiento contra las recién llegadas tropas estadounidenses en las afueras de París. Finalmente en el último capítulo XIII Neiberg relata los cien últimos días de la guerra con el avance aliado hacia la línea Hinderbung y los inicios de las negociaciones de paz en medio de los motines generalizados en Alemania.



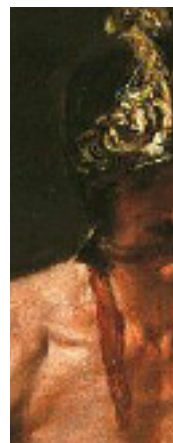
MacMillan, M. (2013) 1914. De la paz a la guerra. Madrid: Turner. 847 páginas.

Por Pablo Augusto Bonavena

La canadiense Margaret MacMillan de la Universidad de Oxford está considerada una de las autoridades máximas a la hora de hablar de la Gran Guerra. En una obra anterior, *París 1919: seis meses que cambiaron el mundo*,¹ escribió sobre las consecuencias de esa conflagración a partir de los debates en la Conferencia de Paz en los primeros meses de 1919, signados por la amenaza de la flamante revolución comunista en Rusia. Ahora con su nuevo y extenso libro reconstruye la etapa inmediatamente anterior al estallido de los sangrientos combates, trabajando en sus páginas sobre los factores que los originaron. Nos instala así en una problemática que despierta hasta hoy día, nada más y nada menos que cien años después, varias álgidas querellas producto de buscar respuesta a dos preguntas centrales. Por un lado, el interrogante sobre cuáles fueron las causas de la guerra. Por otra, las conjeturas sobre si era evitable o no el conflicto armado. En las primeras páginas del libro, MacMillan nos advierte que estas indagaciones tal vez nunca encuentren respuestas consensuadas, y que muy probablemente la búsqueda de explicaciones carezca de final. Con esta certeza, la autora nos informa que las preguntas puntuales que enmarcan su investigación son: “¿Cómo fue posible que Europa, en el verano de 1914, llegara a un punto en que la guerra fue más probable que la paz? ¿En qué pensaban los que tomaron las decisiones? ¿Por qué en aquella ocasión, como habían hecho antes, no se echaron atrás?” o, en otras palabras, “¿por qué fracasó la paz?”.²

¹ Tusquets Editores, Barcelona, 2005.

² MacMillan, M. (2013) 1914. De la paz a la guerra. Madrid: Turner. Págs. 35/6.



En pos de resolver sus inquietudes, la autora describe varios factores políticos, culturales, ideológicos, militares e incluso personales que desataron la contienda.

Describe la situación interna de cada una de las grandes potencias y las pretensiones que tenían más allá de sus fronteras. Pone especial énfasis en los tratados y las alianzas que se fueron tejiendo, así como sus redefiniciones en el período que acota, cubriendo aspectos que van desde el contexto histórico a las biografías de políticos y militares, transitando múltiples cuestiones, que cubren desde las pasiones individuales a factores ideológicos como el nacionalismo o el darwinismo social, pasando incluso por fundamentaciones doctrinarias de las prácticas militares como el culto a la ofensiva en detrimento de la defensa. Asimismo, nos presenta varios retratos de los personajes que tuvieron peso en las decisiones que fueron generando la guerra, que más allá de la obvia curiosidad que despiertan, a veces parecen obturar la apreciación de las tendencias objetivas del capital hacia la contienda bélica, habilitando las explicaciones de su desencadenamiento por las decisiones, entre desacertadas e indolentes, de las élites.³ McMillan reconoce el peso de las ideas, las instituciones, la tecnología, el armamentismo y los conflictos, incluso los de clase, como agentes importantes a la hora de explicar el choque militar, pero estos factores, afirma, “no tienen en cuenta a los individuos –que al fin y al cabo no fueron tanto- en cuyas manos estaba decir “sí, adelante, desatemos la guerra, o bien “no, detengámonos”. Cobran entidad, entonces, aspectos como las personalidades, las debilidades humanas, los prejuicios, las intrigas y los

³ Como complemento de estas disquisiciones resulta interesante observar el lugar que tuvieron los aspectos subjetivos y objetivos en la configuración de la guerra dentro del marxismo a partir del debate entre Lenin y Kautsky en Katz, C. (2011) *Bajo el imperio del capital*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg. Cap. I “La teoría clásica”. Sobre el tema, además, véase de Hobson, J. (2009) *Estudio del imperialismo* y Lenin, V. (2009) *Imperialismo, fase superior del capitalismo*. Madrid: Capitán Swing. En la nota n° 10 retomo esta misma cuestión desde otro ángulo.



miedos. Enfatiza, en definitiva, sobre aquellas subjetividades que tomaron las determinaciones, sospechando que se pudo evitar la guerra y reflexionando que “Es fácil tirar la toalla y afirmar que la Gran Guerra era inevitable”, pero considera que adoptar este criterio sería peligroso, “sobre todo en una época como la nuestra, que en muchos aspectos se asemeja al mundo de los años anteriores a 1914”,⁴ esgrimiendo así una comparación que no suena acertada.⁵

Su recorrido culmina a principios de agosto de 1914 con las declaraciones de guerra, pero tal vez lo más interesante del libro se encuentra en su punto de partida.⁶ El primer capítulo da cuenta de la Europa de 1900, a partir de la Exposición Internacional de París, que los franceses postularon como “un símbolo de paz y armonía”. Allí se pretendía condensar los extraordinarios avances y logros de la civilización occidental, cuyos supuestos beneficios se expandían por el mundo. Este gran acontecimiento internacional era el correlato de un largo período donde las guerras fueron menguando. En efecto, desde hacía 85 años que en el territorio europeo no había conflictos armados entre las principales potencias. Luego de las guerras napoleónicas Europa vivió el siglo más pacífico desde el imperio romano.⁷ Durante el siglo XIX esta realidad fue acompañada por muchas iniciativas que procuraban consolidar la convivencia pacífica, generando muchas organizaciones que trabajaban para promover la paz, tendencia que se trasladó a la primera década del siglo XX y a los Estados Unidos de Norteamérica.⁸

⁴ MacMillan, M. (2013) 1914. De la paz a la guerra. op. cit. Págs 24/5 y 25. La autora basa este planteo en un supuesto que ocupa un lugar relevante en sus reflexiones: “muy pocas cosas en la historia son inevitables”. Pág. 28.

⁵ Los paralelismos que establece la autora entre la época preliminar a la Primera Guerra y la actualidad resultan, en mi opinión, los momentos más dudosos de su escrito.

⁶ Hacia la parte final de las conclusiones, McMillan hace escuetas alusiones al resultado de la guerra y sus consecuencias.

⁷ MacMillan, M. (2013) 1914. *De la guerra a la paz*. op. cit. Pág. 58.

⁸ En este país se crearon 45 nuevas asociaciones por la paz entre 1900 y 1914. MacMillan, M. (2013) 1914. De la guerra a la paz. op. cit. Pág. 368.



Como señala MacMillan, la calma imperante en el siglo que acababa de pasar permitía suponer que la guerra quedaba cada vez más lejana, tendencia reforzada con posterioridad al enfrentamiento franco-prusiano cuando se vivió un destacable incremento de la producción y de riqueza que fue impactando favorablemente sobre el nivel de vida de algunos sectores de la población europea.

Este capítulo se empalma muy bien con el capítulo X, titulado “Sueños de paz”, reforzando la idea sobre que previamente a la guerra nadie podía imaginar que toda la prosperidad, el progreso y la armonía se hundirían en una pugna tan despiadada, que terminó con la vida de millones de seres humanos.

Sin embargo, la guerra detonó y los ideales nacionalistas subordinaron a las masas demostrando tener más fuerza que la identidad de clase. En definitiva, entonces, el libro “recorre la senda” que condujo de ese clima de paz a la guerra, subrayando aquellos momentos de inflexión donde se plantearon diferentes opciones y, dramáticamente, las personalidades individuales enfilaron hacia la conflagración. Por eso sentencia:

“Aun así, siempre estará al final esa minoría de generales, monarcas y políticos que, en el verano de 1914, tuvieron el poder y la potestad de decir sí o no. Sí o no a la movilización de los ejércitos, sí o no a las concesiones, sí o no a la ejecución de los planes elaborados por los militares. El contexto es crucial para comprender por qué fueron como fueron y actuaron como actuaron. No podemos, sin embargo, minimizar la importancia de las personalidades individuales”.⁹

Más allá de la apasionante polémica que genera el prisma analítico de MacMillan acerca del papel del individuo en la historia por sobre las condi-

⁹ De acuerdo con MacMillan, M. (2013) *1914. De la guerra a la paz*. op. cit. Pág. 33.



ciones generales que ciñen su capacidad de tomar decisiones,¹⁰ es pertinente preguntarse qué más aporta esta extensa obra.

¹⁰ Sin duda el marxismo es la teoría que con más comodidad se desplaza para el análisis del ámbito de la política general al de los “personajes” en sentido peculiar. El papel de la praxis humana en la historia es, sin duda, uno de los fundamentos de esta teoría acuñada por Marx y Engels que, además, encontramos muy temprano en sus obras como, por ejemplo, *La Sagrada Familia*. Las “personificaciones”, los “personajes” y los “hombres” –términos que difieren conceptualmente- se tornan en objetos teóricos dentro de una teoría del sujeto, donde éstos componen algo más que la concretización de procesos; son, en esencia, la posibilidad y el agente del cambio. Las personificaciones y su doble carácter asignado por Marx, que remite a una teoría de las relaciones sociales donde el cuerpo expresa vínculos de los cuales ese mismo cuerpo es mediación [Zofio, R. (1985) *La categoría “relación social”*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC] son un aporte crucial al análisis social que tuvo una gran proyección, incluso fuera de los límites del marxismo. Hace tanto a cuestiones como la vinculación entre lo económico y lo político, o la relación entre agente y estructura. Uno de los desarrollos de esta teoría abonó el debate más específico acerca del peso de los individuos en los procesos sociales y políticos. Jorge Plejánov, con su trabajo de 1898 *El papel del individuo en la historia*, ocupa un lugar relevante en la expansión de la problemática dentro del marxismo. Formuló el interrogante sobre si cualquier hombre en la historia es reemplazable o no. Sostenía que el lugar que ocupa un hombre, incluso trascendente, en el marco de una situación determinada, puede ser tomado por otro, considerando que el desarrollo histórico “crea sus propios órganos” que serían “rellenables” con cualquier nombre [Díaz, A. (2002) “Las ‘contingencias’ del ‘determinismo’ marxista. Acerca de los ‘Cuadernos Filosóficos’ de Trotsky” en *Revista Lucha de Clases* N° 1, (disponible en <http://www.ceipleontrotsky.org/Las-contingencias-del-determinismo-marxista>. Visitado en diciembre de 2014). Un continuador de la tarea fue, sin dudas, León Trotsky, quizá uno de los marxistas que más distancia tomó frente a la explicación de los procesos sociales y su dinámica sólo por las transformaciones en la estructura económica de la sociedad. Esta postura fomentó, por ejemplo, su interés por disciplinas como la psicología. Su hincapié en los factores subjetivos estimuló la querrela acerca del peso de los individuos en los procesos. Tiempo después del escrito de Plejánov, Trotsky destacaría el lugar de Lenin durante 1917 en *Historia de la Revolución Rusa*, señalando que era “irreemplazable”. Resaltaba así las posibilidades de un personaje individual en el marco de la dependencia de ciertas condiciones históricas, localizándolo como el último escalón de una serie de hechos y procesos. Por eso afirmaba: “Como marxista, sé que la historia se hace según las condiciones materiales. Pero en determinadas circunstancias los hombres pueden llegar a jugar un rol decisivo” (Trotsky, L. (2001) “Entrevista con Social-Demokraten del 28 de noviembre de 1932” en *Escritos de León Trotsky 1929-1940*. Libro 2, 1930-1932. Buenos Aires: CEIP León Trotsky.). El énfasis que hace Trotsky sobre los factores subjetivos alcanzó gran protagonismo en las discusiones de los últimos años sobre las teorías de la revolución dentro de la llamada sociología histórica (véase, por ejemplo, de Burawoy, M (1985) “Dos métodos en pos de la ciencia: Skocpol versus Trotsky” en *Revista Zona Abierta* n° 36/37). Desde este ángulo se valoriza el protagonismo de los cuadros dirigentes en la lucha teórica en el marco de las disputas por la orientación de los “sucesos políticos”.



Tal vez pueda afirmarse, sin ser temerario, que no contribuye con muchos elementos nuevos, pero sin duda ofrece un ordenamiento de una cuantiosa información y bibliografía que conforman una excelente base para complementar aquellas investigaciones que se adentran específicamente en el estudio de la Gran Guerra.



**Strachan, H. (2004) *La Primera Guerra Mundial. Barcelona: Crítica.*
377 páginas.**

Por Pablo Augusto Bonavena

El autor de este libro nacido en Edimburgo, Escocia, es considerado por muchas opiniones como el mejor conocedor de la historia de la Gran Guerra. Esta reputación, obviamente, resulta un muy buen estímulo para recorrer con entusiasmo sus páginas. Además, Hew Strachan es profesor de Historia de la Guerra en la Universidad de Oxford y un reconocido hacedor de importantes estudios y monografías sobre historia militar.¹

La obra se originó a partir de un requerimiento efectuado por un canal de la televisión británica con el objetivo de generar un documental sobre el conflicto.² La construcción del relato en la versión de su investigación comercializada por Crítica está orientada hacia el gran público y tiene el apoyo de fotografías, varias inéditas, entre ellas las primeras tomadas en color por los franceses. Ofrece, asimismo, una austera cantidad de mapas que brindan algo de espacialidad al conflicto. Está organizado en diez capítulos como el documental, y puede abordarse cada uno como una unidad, sin que pierda sentido. La organización es temática y no cronológica, criterio que permite una lectura individual de cada sección, especialmente para aquellos que tengan cierto conocimiento general de la guerra.

En la Introducción el autor señala varios aspectos interesantes sobre la arquitectura del guión, aclarando que tanto el libro como la serie televisiva

¹ Entre ellas se destacan *Ejércitos europeos y la conducción de la guerra* (1985), *The First World War. New Appreciations in history* (1993), *The Politics of the British Army* (1997), *The Oxford Illustrated History of the First World War* (1998) y *A las armas* (2001).

² El film fue realizado en el año 2003 y dirigido por Marcus Kiggel, Simon Rockell, Ben Steele, Corina Sturmer y Emma Wallace. También participó de la redacción del guión Vera Brittain. La música estuvo a cargo de Orlando Gough. En la Argentina fue presentado en la *TV Pública* y el *Canal Encuentro* con motivo de cumplirse los 100 años de la guerra.



fueron concebidos teniendo en cuenta que fue una “guerra global” aunque comenzara en los Balcanes. Strachan aclara que procuró “contrarrestar el énfasis anglófono sobre el frente occidental y la participación británica, tan fundamental en la concepción popular de la guerra”. Este perfil lo busca amparándose en mucha de la bibliografía producida en otros países que participaron de la conflagración, procurando un equilibrio bastante logrado que recorre todas sus páginas.³

En el capítulo 3, titulado justamente *Guerra Global*, el autor explica la expansión geográfica del enfrentamiento y la manera en que una “guerra para Europa significaba una guerra para el mundo”. Discute algunas caracterizaciones habituales del conflicto, para demostrar el traslado de la confrontación desde el núcleo inicial europeo hacia la periferia, poniendo énfasis en el florecimiento, incluso, del llamado “sub-imperialismo” en los territorios lejanos. Por eso destaca la presencia de los combates en África, el Extremo Oriente, Oriente Medio, los océanos; haciendo un recorrido que no soslaya la lucha naval frente a las islas Malvinas, así nominada por la traductora Silvia Furrió Castellví, batalla ilustrada con una impresionante foto donde se puede observar el rescate de sobrevivientes, incluso nadando, del hundido barco alemán *Gneisenau*.⁴

La narración, para ubicarse en el debate sobre las causas del conflicto, tiene en cuenta aspectos políticos, diplomáticos, militares, económicos, étnicos, religiosos, ideológicos, tecnológicos, productivos y las querellas

³ ¿Llegó a quebrar en su explicación ese perfil sesgado? Contra mi opinión hay voces que afirman de manera enfática que fracasó y que, por el contrario, ofrece una mirada “anglocéntrica” y un “inconsistente enfoque nacionalista”. Ucelay Da Cal, E. (2005) “¡No me hable usted de guerra!” en *RdL. Revista de Libros* n° 108. Pág. Versión digital: <http://www.revistadelibros.com/articulos/no-me-hable-usted-de-la-guerra>. [consultado en diciembre de 2014]

⁴ La fotografía puede verse en Strachan, H. (2004) *La Primera Guerra Mundial*. op. cit. Pág. 82. Silvia Furrió Castellví tradujo otras obras muy relevantes sobre el tema. De Howard, M. (2004) *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Crítica y también Atkinson, R. (2014) *Los cañones del atardecer: la Guerra Europea 1944-1945*. Barcelona: Crítica.

domésticas de cada contrincante, entre los cuales menciona al problema de las revueltas y la inquietante presencia de los militantes socialistas que merodeaban por el viejo continente. No faltan alusiones a personajes que le parecen destacables.⁵ En definitiva, no explica el estallido del choque militar por el enfrentamiento de Alemania por un lado y Gran Bretaña y Francia por el otro, sino que localiza los orígenes, tanto de largo como de corto plazo, en la primera guerra balcánica.⁶

Hay varios pasajes muy atrayentes del libro para subrayar. El miedo alemán a la guerra de guerrillas y la resistencia civil a la invasión a través de francotiradores es colocado por Strachan como la base de la explicación de la muerte de cinco mil quinientos veintiún civiles en Bélgica, además de la amputación de las manos a los niños y violaciones como represalias. Allí quedaron sepultadas, en los albores del conflicto, las convenciones de La Haya de 1899 y 1907.

Es importante, además, el tratamiento que le asigna a la convocatoria para desarrollar la Guerra Santa contra Gran Bretaña, Francia, Rusia, Serbia y Montenegro, al que le dedica un capítulo con el título *Yihad*. Las referencias al genocidio de armenios son tan conmovedoras como la foto del oficial médico alemán, Armin Wegner, que entremezcla cadáveres de adultos con muchos niños para retratar la matanza.⁷ Otra fotografía hace notar la presencia de niños pero como soldados en los frentes.⁸ Las descripciones de distintos episodios y la fuerza de las imágenes nos van introduciendo en los vericuetos de la despiadada disputa.

⁵ Lozano Cutanda argumenta que “gracias a historiadores como Strachan la Primera Guerra Mundial ha dejado de ser un tema europeo para pasar a ser estudiado en su aspecto global y multifacético”. Lozano Cutanda, A. (2011) *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*. Nowtilus: Madrid. Pág. 364.

⁶ Strachan, H. (2004) *La Primera Guerra Mundial*. op. cit. Págs. 41/2.

⁷ Strachan, H. (2004) *La Primera Guerra Mundial*. op. cit. Pág. 114.

⁸ Strachan, H. (2004) *La Primera Guerra Mundial*. op. cit. Pág. 153.



Un renglón especial merece la descripción de las alianzas que se fueron tejiendo y destejiendo durante los sangrientos hechos: en el capítulo 10 el autor afirma que fue una “guerra de coalición”. Si bien desde este ángulo y otros hace presente la subjetividad de los responsables entre las causas que iniciaron las confrontaciones, esta dimensión no eclipsa los problemas que emanaban de las pugnas por intereses propias del desarrollo capitalista en cada Estado.

Strachan busca presentarnos la compleja interacción de factores que confluyeron y despertaron los cañones. Por ejemplo, en el capítulo 2 pone en debate, desde una perspectiva crítica, la habitual idea de endilgarle la culpa a Alemania.⁹ Tampoco le otorga a los Estados Unidos de Norteamérica el privilegio de ser el factor que explica la mundialización del conflicto, argumento muy extendido en la bibliografía sobre el tema. Subraya que cuando entró a los Campos de Marte ya era una guerra global.

La descripción de la guerra de trincheras nos muestra como la tropa no sólo padecía el fuego enemigo, sino que debía entablar una incómoda convivencia con ratas que encontraban en esa mezcla de pozos y cadáveres un hábitat ideal para su reproducción; cuando los cuerpos destrozados ofrecían abundante alimento. También los combatientes debían compartir su propio cuerpo con piojos (transmisores de la fiebre tifoidea), con virus y bacterias que al multiplicarse dentro del cuerpo producían gases tóxicos (gangrena gaseosa), más letales que los lanzados por el enemigo. Las trincheras ayudaron a salvar muchas vidas, pero la protección que ofrecía enterrarse para evitar las balas enemigas tenían como contraparte una enorme cantidad de problemas como el conocido pie de trinchera y la con-

⁹ Para ver una postura contraria, que ubica a Alemania no como culpable, sino como víctima de la política británica y rusa, véase en Beumelburg, W. (1933) *Barrera de fuego. Breve historia de la Gran Guerra*. Madrid: Ediciones Populares Iberia.



gelación,¹⁰ algunos de los cuales la medicina fue saldando durante las hostilidades. Las trincheras resguardaban “la carne y la sangre de los peo-

¹⁰ Hipócrates aseguraba que “la guerra es la única escuela apropiada para un cirujano”. La Gran Guerra generó una evolución quirúrgica notable. Hasta ese momento se consideraba que la bala de fusil provocaba lesiones poco destructivas y sin tendencia a infectarse (se las denominó “balas humanitarias”). Debido a este criterio, los cirujanos se limitaban a hacer curaciones, ya que se suponía que las balas producían perforaciones mínimas que ocasionalmente tenían tendencia a cerrarse o que podían esperar a ser tratadas en un hospital. La realidad demostró que era una concepción errada. Debido a la extensión de las heridas producidas por granadas y minas, con grandes destrozos tisulares y contaminaciones masivas provenientes del barro y de restos de ropa, las evacuaciones tardías tenía como correlato la muerte por infección. Se investigaron mejor las heridas en combate y la “cámara de atrición”, producto de la cinética del proyectil, a menudo disimulada bajo los tejidos falsamente sanos, condiciones propicias para la contaminación microbiana. El mal pronóstico de las heridas con orificios irregulares y gran pérdida de tejido llevó a estudiar el trayecto del proyectil, a fin de detectar las lesiones profundas para no pasar por alto la penetración en tórax, abdomen y articulaciones. Así se pudieron abordar nuevas líneas de intervención terapéuticas. Por ejemplo, la asistencia precoz sistemática con antisepsia y ablación de todo elemento contaminante (cuerpos extraños, restos de ropa y tejido necrosado) permitió disminuir casi en un 50% la mortalidad producida por las lesiones en los miembros. Otra innovación importante fue la irrigación continua de las heridas con una solución diluida de hipoclorito de sodio y permanganato de potasa (líquido de Dakin). El tratamiento primario de las fracturas provocadas por balazos se reducía a hacer una curación e inmovilizar el miembro para poder evacuar al paciente; sin embargo, esta acción fue insuficiente y algunos fueron partidarios de las amputaciones precoces porque, concomitantemente con las fracturas había lesiones de tejidos blandos, sobre todo vasculares y nerviosas. Los médicos británicos preconizaban la tracción en el eje del miembro y la tracción por suspensión, técnica que permitió bajar el porcentaje de amputaciones al 4%, y la mortalidad no superó el 10%. Luego, se inició la fijación de las fracturas con placas, clavos y círculos con hilos metálicos. Se descubrió que la sinovial era esencial para la defensa de la infección en las articulaciones y debía ser suturada con un drenaje de corta duración, limitando el sacrificio óseo a lo indispensable y produciendo la inmovilización precoz. Otros aspectos estudiados debido a la alta mortalidad, fueron las lesiones en el abdomen con orificios de entrada distantes, la rareza de la herida única del intestino delgado y la gravedad de las heridas multiviscerales. Los cirujanos fueron aprendiendo a manejar las heridas de riñón, de pulmón y diafragmáticas gracias a una mejor técnica anestésica. Se estableció la punción para evacuar los derrames en el trauma cerrado y en caso de recidiva, y la intervención en el tórax abierto para tratar las lesiones pulmonares, ligar las arterias o vasos que sangraban, extirpar los cuerpos extraños y cerrar la pared. En materia de heridas de vasos, se siguió con las técnicas de ligaduras de Ambroise Paré, aunque se establecieron claramente las indicaciones y limitaciones del torniquete, y se aprendió a reconocer la gravedad de las hemorragias secundarias, sobre todo en medio infectado. Según el concepto de la época, el shock era producido por las toxinas del tejido necrosado y por las bacterias. Fueron dispuestos tratamientos inmediatos para disminuir la mortalidad y el de presión venosa baja que dio origen a la toma de la presión venosa central. De estas nociones nació la importancia de la hidratación rápida, que se hacía por vía oral y rectal y al final de la guerra por vía subcutánea. Con métodos rudimentarios comenzaron las transfusiones de sangre. Se crearon dispositivos sanitarios en la vanguardia, para poder evacuar o tratar en forma pre-



res efectos de la revolucionaria potencia de fuego”, pero toda la protección y seguridad defensiva que ofrecían, paradójicamente, se tornaba en muerte segura a la hora de asaltarlas.

Un capítulo para destacar es *Revolución*, donde el autor muestra los problemas y descontento que existían a finales de la guerra. Los combates, contra el vaticinio inicial, se habían prolongado mucho más de lo esperado, y el elevado costo humano y económico también sorprendió todo cálculo. Además de las consecuencias directas de la gran carnicería humana, entonces, se vivían situaciones como una baja en la moral de los combatientes, un incremento de las deserciones, motines en el frente, el crecimiento de los anhelos de paz, la carestía de la vida, la falta de alimentos y otros insumos para la vida, numerosas disputas e incertidumbres políticas y movimientos huelguísticos de distinta profundidad en varios países. Para dar cuenta de la realidad que se vivía, Strachan reproduce un fragmento de una carta de Bandsman Poitou a su esposa, fechada el 31 de mayo de 1917, relatando que en un tren de soldados que venía de París la tropa cantaba masivamente la Internacional. Estas desobediencias en los frentes internos de cada bando eran alentados, además, por el enemigo. Alemania, por ejemplo, apoyó a la resistencia Irlandesa y la vuelta de Lenin a su país para fomentar la lucha intestina del oponente. Inglaterra respaldó la revuelta árabe.

coz a los heridos en la zona de combate. La mortalidad bajó hasta en un 50%, principalmente en el caso de los heridos en el abdomen. La cirugía estética también tuvo un gran estímulo, especialmente orientada a la reparación de rostros que eran la parte del cuerpo más expuesta a la metralla. Fuentes: *Revista de Cirugía*. Colombia. S/d. En: <http://www.encolombia.com/medicina/cirugia/Ciru19404-Oracion2.htm>. “La Primera Guerra Mundial y la cirugía plástica. 3 de Junio de 2014. <http://www.esteticamedica.info/noticias/val/328-33/la-primera-guerra-mundial-y-la-cirugia-plastica.html>. “Cómo la Primera Guerra Mundial cambió la medicina”. BBC Noticias. 14 de febrero de 2014. <http://www.24horas.cl/noticiasbbc/como-la-primera-guerra-mundial-cambio-la-medicina-1077943>. [consultados en diciembre de 2014]



Ante la situación de caos que parecía avecinarse, no obstante, los motines y las deserciones del frente no se unieron con las protestas, las huelgas y otros disturbios de la retaguardia, salvo con una excepción: Rusia

El último capítulo titulado, *Guerra sin final*, hace cierto balance del conflicto y nos habla de las tratativas para cerrarlo. Recuerda Strachan que se había dicho antes de la acción bélica que esta sería la última; la guerra que pondría fin a todas las guerras. Sin embargo la resolución fue sólo temporal y dejó semillas para nuevas masacres.

Sin duda la lectura del libro es recomendable, y si bien a veces abrumba por la cantidad de datos, es menos denso comparado con otros trabajos sobre el tema. Se la puede contrastar con la película, capítulo por capítulo, tanto por curiosidad como para aprovechar al máximo su contenido. En definitiva, el autor logra brindar de manera accesible muchos elementos al lector que quiera empezar a conocer la Gran Guerra que, según su opinión, “no sólo dio forma a Europa sino al mundo del siglo XX”.



Stone, N. (2007) *Breve historia de la primera guerra mundial (World War One: A Short History)* Buenos Aires: Ariel. 189 páginas.

Por Juan Sebastián Califa

El libro de Norman Stone, editado originalmente en Inglaterra en el año 2007, es parte de una saga sobre las dos guerras mundiales que atravesaron el siglo XX y que el autor completó seis años más tarde. Muchos críticos consideran que *The Eastern Front, 1914-1917* (1975), aún no traducido al castellano, es su gran trabajo. La publicación argentina de este conciso volumen sobre la primera guerra mundial se remonta al año pasado. El texto contiene siete capítulos que, junto a los mapas y fotografías que presenta, realizan una aproximación a la “Gran Guerra” destinada a un público amplio. Los capítulos recorren de un modo cronológico el conflicto ya que el autor basa su estrategia expositiva en señalar lo que ocurrió año tras año, además de interrogarse primero por sus antecedentes y finalmente por sus consecuencias. Dado que se trata de un trabajo de síntesis no hay aquí una fundamentación rigurosa de fuentes a pie de página sino, más bien, una presentación (explicitada al final) de literatura más o menos reciente a partir de la cual el autor construye su interpretación. Esto, en parte, sumado a que Stone maneja a la perfección una tradición anglosajona de escritura llana, mucha veces profunda, y por momentos vibrante, constituye un acto de amabilidad hacia el lector que éste siempre agradece. Pero a pesar de que no hay grandes digresiones teóricas ni conceptuales, genéricamente el autor se coloca en el campo del anticomunismo. Al respecto, Stone parece haber descubierto algo que millones de lectores han ignorado hasta aquí: que los textos de Lenin son “ilegibles”. Este tipo de afirmaciones, sorprendentes para quien escribe estas páginas, son coherentes no obstante con quien oficiara de asesor de Margaret Thatcher



en los ochenta. Desde entonces, la vida académica lo ha llevado a este profesor de origen escocés de Oxford a la Universidad turca de Bilkent, cosechando siempre una intachable reputación de intelectual conservador. Estas coordenadas ideológicas y biográficas, si bien son útiles para ubicar en términos genérico al autor, no debieran llevar a presuposiciones inmaduras sobre su obra. Más que calumniarla o enaltecerla, aquí elijo ante todo reseñarla.

En la introducción del libro el autor plantea dos problemas clásicos: el nacionalismo, como fuerza ideológica, y el imperialismo, como necesidad flagrante, condujeron a esta guerra. La conceptualización del imperialismo que atraviesa este volumen pareciera ser meramente colonial, ya que en la actualidad por ejemplo Alemania habría dejado de ser un país imperialista para el autor, una caracterización del moderno fenómeno capitalista que el clásico trabajo de Lenin dedicado al tema juzgaría reduccionista. Con estas ideas Stone se lanza al capítulo inicial intitolado “El estallido”. En sus páginas aborda las causas de la guerra que destruyó la cuna de la civilización occidental. Comienza describiendo la pujanza imperial alemana desde la “Atenas del mundo”, esto es, la Berlín de por entonces. Lejos de pretender conformar un espacio económico europeo, capitaneado por ingleses y alemanes, la dirigencia de éste país, subida a los éxitos de su paso industrial arrollador, optó por construir un imperio. Esta elección, que en términos políticos puso en evidencia el pasaje de las riendas del Estado desde el cauto Canciller Bismarck al ambicioso Káiser Guillermo II a fines del siglo XIX, convirtió al imperio alemán en el problema europeo. Esta política no se daba en el vacío, sino en una Europa signada por el imperialismo, de la cual Inglaterra, el espejo de la política germana, marchaba a la cabeza. Un aporte del autor al respecto reside en mostrar como la decadencia de los imperios formales más vetustos durante el último cuarto del siglo XIX, el otomano y el austro-húngaro primordialmente, motivaron los



reacomodos políticos de fines de siglo produciendo alianzas impensadas poco antes. Así, Rusia, Francia e Inglaterra, la Triple Entente, se constituyeron como un acuerdo geopolítico que se enfrentó al otro esquema de alianzas detrás del cual los otros dos imperios, el más próximo por acuerdos preexistentes, el islamita por no sentirse amenazado, hallaron cobijo en Alemania. Stone es enfático en señalar el equívoco: “Lo último que necesitaba Alemania era enfrentar a Gran Bretaña, y el mayor error que cometió en el siglo XX fue construir una flota para atacar las islas.”. Según el autor, los problemas sociales del primer país lejos de solucionarse con su apetencia colonial, tal cual creían intelectuales de la talla de Max Weber, se agravarían (Portugal y Suiza constituyen, retrospectivamente, dos ejemplos en las antípodas). Incrementada la tensión, el episodio de Sarajevo se presentó en 1914 como la excusa perfecta —de no haber existido otra se hubiese hallado— para dar inicio a una guerra que en el corto plazo mostraba grandes chances a los alemanes, pero que dos o tres años más tarde el avance militar ruso (sobre todo ferroviario) hubiese puesto en jaque, según el razonamiento de los estrategas militares de la potencia centroeuropea. El autor califica no sólo al episodio que inició a la guerra, sino a ésta en su conjunto, como un “accidente inevitable” desde el momento que la dirigencia teutona equivocó el rumbo. La declaración de guerra inglesa a ésta, tras su invasión a Bélgica para llegar a París, convirtió una guerra europea en mundial. Los alemanes por entonces ya no habrían perdido sólo la razón, sino también la confianza inglesa para llegar a una solución negociada del reparto de las riquezas económicas europeas.

“1914”, “1915”, “1916”, “1917” y “1918”, son los capítulos que siguen. Pese a no ser precisamente un arrebató de creatividad, cumplen con lo que el autor intenta mostrar: el desarrollo de un conflicto en el que ambas partes conocieron momentos de euforia y de desazón y, sobre todo, que estuvo atravesado hasta comienzos de 1918 por la sensación de que cual-



quiera podía vencer. La imagen que ilustra la tapa del libro que muestra un soldado subido a un caballo enfundando una lanza pero cuyo rostro se encuentra cubierto por una máscara antigases acompaña muy bien una de las grandes ideas de Stone: entre el comienzo y el fin de la guerra se produjo un verdadero salto en el tiempo. En sus inicios, en términos morales la palabra que lo dice todo es “ilusión” (lo moral y lo material como incentivos y pertrechos en el campo de batalla se intercalan mostrando la lucidez del autor para entender su importancia individual y, todavía más, combinada). Este equívoco, no sólo alemán, más aún inglés, resultó ser un malentendido acerca de la naturaleza del conflicto por venir que enturbió su diagnóstico más acertado (y necesario). Gobiernos, banqueros y ejércitos, un componente vital de toda guerra, fallaron al creer que para la Navidad todos habrían retornado a sus hogares. En el terreno militar, el autor al poner las cartas con que cada cual contaba subraya la preparación de la eficaz oficialidad alemana por sobre factores meramente numéricos. Pero esta ventaja se veía descompensada por la obsolescencia militar de sus aliados imperiales agonizantes. De este modo, el panorama que pinta el libro es de cierto equilibrio de fuerzas en los inicios del conflicto. Si bien el desempeño militar alemán era considerable al oeste y al este, donde Tanenberg mostró su valía, austrohúngaros en los Balcanes y turcos en el Cáucaso tiraban para atrás sus avances.

1915 evidenció el fracaso de los planteos cortoplacistas. Los ingleses apoyados en su fuerza marítima lograron frenar el comercio alemán en todo el globo. Sin embargo, esta situación más que aminorar la economía germana la propulsó más hacia la guerra al verse obligados sus capitales, para subsistir, a volcarse a la industria bélica. Además, el bloqueo sirvió para aumentar el nacionalismo alemán. Por lo tanto, los factores materiales y morales relanzaron a Alemania hacia adelante. Por su parte, Inglaterra no pudo quedarse con el mercado arrebatado a los alemanes ya



que su fuerza de trabajo enrolada en la guerra no permitió incrementar la producción, teniendo como costo adicional los industriales ingleses que aumentar los salarios ante la carencia de trabajadores calificados. Pese a este panorama, el pobre papel desempeñado por los turcos no le permitió aprovechar la ventaja ganada por los alemanes al principio, aunque los musulmanes con el paso del tiempo pudieron resarcirse un poco. Los austro-húngaros en los Cárpatos completaban la desazón teutona. La intervención italiana pareció complicar aún más las cosas para ésta, pero, otra paradoja de esta guerra, inicialmente sirvió para mejorar la moral austro-húngara dado sus triunfos preliminares. La derrota a fin de año del Reino de Serbia, con la ayuda búlgara para ello, sumado al avance en el este, volvió a poner a los alemanes al frente a pesar del parcial equilibrio al oeste.

Un nuevo año de guerra entregó como novedad una descomunal resistencia francesa en Verdún, que si bien pudo frenar a los alemanes dejó a este país exhausto. En ese sentido, sumado a los serios problemas que tenían los rusos al este, en 1916 se hizo imprescindible el accionar británico, quien debía poner en pie su ejército terrestre, y aprender rápidamente cómo hacerlo funcionar. Sin embargo, su actuación desde mediados de año dejó mucho que desear, la carencia de una artillería pesada resultó un factor clave, y si bien la experiencia de las primeras derrotas pudieron ser procesadas, lográndose algunos éxitos parciales más tarde, no se trataba aún de un accionar decisivo como se requería. Alemania, por su parte, encontró una mayor resistencia al este cuando el general Brusilov tomó las riendas del ejército ruso. Para todos, se había hecho urgente asestar el golpe final. Esta carrera de tiempo ya no podía hacerse con las enseñanzas del siglo XIX sino con las invenciones del siglo XX. En el terreno de los fenómenos políticos el nacionalismo y la creciente injerencia del Estado atestiguaban estos cambios sociales que la modernidad traía inevitablemente aparejados.



El ingreso de los submarinos alemanes, al igual que los tanques ingleses puso, en términos materiales, la modernidad a batallar. Pero si bien a partir de 1917 los primeros se sintieron más seguros con su invento marítimo, provocaron con su uso otra de las paradojas de la guerra (por primera vez en su contra): propulsaron el ingreso estadounidense a la misma. La idea de que el ataque marítimo hundiría la economía británica podía ser verdadero si y sólo si no se entendía al mismo tiempo que la economía de la isla tenía múltiples lazos con la del norte de América. De este modo, un ataque a la primera se constituía en un desafío a la segunda. Así ocurrió. Al sentir su comercio amenazado EE.UU. decidió intervenir en la contienda. Su accionar no podía medirse tanto en términos bélicos, terreno que tardaron en dominar, sino, más bien, en términos financieros. Al prestarles dinero a los ingleses estos a su vez podían girarles fondos a sus aliados de modo que en la carrera temporal comenzaban a tener ventaja sobre el bloque acaudillado por Alemania que no contaba con acreedores. En el medio de esto no sirvieron los esfuerzos de Wilson por conquistar la paz. Cualquier reparto diplomático dejaba a Alemania con menos de lo que quería: una Europa alemana. Los planes imperiales, no sólo suyos, volvían las miradas sobre el campo de batalla como único medio de saciar sus aspiraciones. Alemania apeló otra vez a la torpeza política, fue descubierto su plan de incitar a México a la guerra, y con ello propugnó su “suicidio”. Desde entonces, la única posibilidad de triunfar era hacerlo ya. La economía alemana había pasado el llamado “invierno de los nabos”, entre 1916 y 1917. No parecía contar con mucho resto. Francia e Inglaterra ayudaron en el terreno militar con sus flojos desempeños a sostener esta ilusión germana.

Tras la Revolución Rusa, la cesión de territorio a que debieron apelar los revolucionarios comandados por Lenin aumentaron las expectativas alemanas arrancando 1918. El general Ludendorff, sin embargo, cometió el



error: no pisó el acelerador en la batalla occidental. Con esta metáfora, Stone, vuelve sobre una tesis central: la ambición alemana echaba todo a perder. Así había ocurrido al iniciarse la guerra, así había proseguido con Wilson al rechazarse sus mediaciones de paz, así había sucedido tras el triunfo frente a los rusos no intentando el fin de la contienda mundial entonces. En este último caso, los ingleses se habían convencido que una Alemania con los recursos ganados sería invencible en el futuro, pero tampoco los alemanes quisieron persuadirlos de lo contrario. Entonces pasó lo que debía pasar: los aliados dieron los golpes necesarios para liquidar lo que quedaba de su poderío militar. La economía germana terminó de hundirse. Al no conseguir un rápido triunfo fulgurante Alemania estaba perdida, más allá de que la presencia en el campo de batalla pudiera prolongarse. La retirada del combate de sus aliados no hizo más que enfatizar este pronóstico que llevó a la acción a obreros y soldados en noviembre de 1918, hartos de que con sus vidas se mantengan falsas esperanzas. Mediante una revolución éstos pusieron fin a las ambiciones imperiales y al propio imperio alemán. La guerra había concluido.

El capítulo siete, "Las repercusiones", pone fin a este volumen. Entre las consecuencias de la guerra el autor enfatiza el Tratado de Versalles y sus derivaciones. Los imperios que propugnó diez años más tarde se vendrían abajo, la Liga de Naciones a que dio vida no sirvió para nada, la economía que vio florecer se derrumbó en 1929, los futuros estados parlamentarios que brotaron de este proceso dejaron de ser parlamentarios, la República de Weimar no prosperó. La combinación de estos infortunios abrió paso a una segunda guerra mundial. Esta lista de consecuencias no es nada original, aunque no pueden faltar. Quizás al libro en otros aspectos le falte mucho. Sus críticos ingleses han sido implacables con él: pasa por alto aspectos esenciales o cuando los analiza recae en un estilo superficial o carece de originalidad... Cualquiera de los puntos que aborda merece sin



dudas un libro en sí mismo. Pero a 189 páginas no se le puede pedir, en cierto sentido, más que motivar al lector por seguir informándose sobre la Gran Guerra. Lo confieso, en mi caso lo ha logrado.



**Keegan, J. (2013). *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner. Capítulo IV.
El Somme, 1 de Julio de 1916.**

Por Guido Chiossone

El campo de batalla

Cuando se inspecciona el territorio de lo que fue el campo de batalla se encuentran objetos, conos y esferas oxidados, deformados, llenos de tierras, los cuales no son productos agrícolas, sino bélicos. Al finalizar el período de labranza, oficiales del ejército francés del servicio de desactivación los llevan a un lugar seguro donde desactivarlos. Pero los depósitos que se acumulan en el Somme difieren en dos aspectos de los de otros sitios. En primer lugar, se dan en mayor cantidad. En segundo, la mayoría de los restos son británicos, pues el Somme fue territorio británico.

El Somme ofrecía un frente de ataque inmenso que podían asaltar veinte divisiones por cada lado. En él, los británicos emplearon por primera vez los tanques en una acción, el 15 de septiembre de 1916 sobre el pueblito destruido de Flers. Dos años más tarde organizaron el primer gran avance acorazado de la guerra moderna. Las que hicieron “británico” al Somme fueron las batallas de 1916 y 1918: Bazentin, Pozières, Morval, Thiepval, Villers-Bretonneux. Pero ningunas más que la primera batalla, la de Albert; ni su primer día, el 1 de julio de 1916. Sin embargo, el Somme era en 1916, un territorio virgen para gran parte del ejército británico. A mediados de 1915, el embrión del tercer ejército había ocupado un pequeño sector al norte del río. Estos pequeños sectores, resultaron familiares al nuevo cuarto ejército: las trincheras estaban cuidadas y limpias, y con un trazado casi reglamentario, con alambradas contiguas en el frente, con parapetos y parados, con ramales, y con una línea de apoyo y otra de reserva a determinada distancia, conectadas entre sí por trincheras de



comunicación. De esta manera las brigadas del cuarto ejército podían organizar una vida de trincheras haciendo rotar a sus cuatro batallones entre el frente, la reserva y el descanso en ciclos de 16 días. Por otro lado, las divisiones del tercer ejército que, por un movimiento transversal habían heredado un sector de los franceses, salieron perdiendo; pues estos no habían realizado en absoluto guerra de trincheras en el Somme. Para ellos era un sector inactivo que pretendían con el mínimo de soldados de infantería en la línea de frente.

El plan

Esto cambiaría, pues los franceses y los británicos planificaban una ofensiva en el frente occidental y el sector elegido era a través del Somme. Solo había tres sectores en los que la orientación del terreno y la dirección de los ferrocarriles favorecían un ataque aliado: El Somme, Artois y la Champaña. El método que se utilizaría sería el de usure (desgaste) porque los aliados consideraban que la postura alemana en el Frente Occidental era defensiva. Pero se llevaron una sorpresa cuando en febrero de 1916 los alemanes iniciaron una ofensiva en Verdún. Producto de las grandes bajas, los generales franceses y británicos, Joffre y Haig, decidieron adelantar la fecha de ofensiva en el Somme, acordando el 1 de julio. Los británicos atacarían por el norte, los franceses por el sur.

Los preparativos

Durante la primera mitad del año se habían ocupado de la infraestructura (carreteras, ramales de ferrocarril, hospitales, etc.). El esfuerzo final y más importante correspondía a la artillería, la cual se dividía en dos partes. La primera sería el bombardeo durante una semana al frente alemán. La segunda parte sería la barrera, la cual consistía en una cortina de proyectiles que explotaban por delante de la línea de infantería, con el objetivo de



impedir al enemigo moverse desde sus abrigos hasta sus posiciones, hasta que fuese demasiado tarde para hacer frente al ataque.

El ejército

En este punto, el autor decide resaltar algunos batallones en particular por ciertas características subjetivas. Primero porque estaban compuestos por voluntarios. El motivo que impulsaba a un civil a alistarse era más que la pobreza, el autor pone énfasis en escapar a ciertas costumbres propias de familias de clase trabajadora victorianas, principalmente el matrimonio. Muchos, también, abandonaban empleos estables y bien pagos. Las cifras eran tan altas, que desbordaba al ejército su capacidad de entrenarlos, vestirlos y armarlos. El reciente secretario de guerra Kitchener, había pedido en un principio un incremento de unos 100.000 hombres para reforzar el ejército regular, pero para la primavera de 1915 contaba con 6 veces esos 100.000, con lo que conformó 5 nuevos ejércitos. Los primeros en llegar pudieron elegir los nombres para sus unidades y en algunos casos a sus oficiales. Estos conformaron los llamados batallones de amigos (Pals' Battalions).

Los soldados de los ejércitos de Kitchener eran llamados por la propaganda los “ciudadanos soldados”. Estos batallones no tuvieron durante su formación, ni meses después, ningún conocimiento de técnica militar. A pocos de estos batallones se les solía asignar más de tres oficiales y tres suboficiales, que solían ser de segunda clase. El Ministerio de Guerra terminó optando por otorgar los nombramientos a los jóvenes que reunieran las condiciones necesarias, lo estipulado era la posesión de certificados A o B concedidos por el Cuerpo de Instrucción de Oficiales (OTC), aunque en la práctica solía bastar con haber estudiado en uno de los colegios privados que impartía la formación OTC. De esta manera se produjo una de las confrontaciones sociales más significativas de la historia británica, cuando estos jóvenes finamente educados se encontraron con sectores de



la clase obrera alistados en el ejército. Las relaciones solo fueron posibles gracias a, por un lado, las ganas de enseñar, animar y ser aceptado; y por otro lado, de aprender y ser dirigidos. Esto provocaría finalmente la transformación de las actitudes de las clases medias británicas por los pobres en Gran Bretaña.

Completando el ejército que iba a atacar en el Somme estaban las divisiones de la fuerza territorial, cuya existencia se debía a una vieja locura por el militarismo amateur que se apoyaba en el simple placer burgués de llevar uniformes y jugar con los títulos militares. En conclusión, de los batallones que tomarían parte el 1 de Julio, solo una cuarta parte conocían la milicia en tiempos de paz.

Las tácticas

La percepción de esta falta de experiencia era evidente en el cuartel general y en el estado mayor del 4to. Ejército, por lo que habían preparados planes simples. De las once divisiones de primera, las seis que no habían estado en combate debían abandonar sus trincheras cuando cesase la preparación artillera y avanzar detrás del fuego de barrera, esto equivaldría a la táctica británica. Junto con estos debía atacar una fuerza francesa por las dos orillas del río Somme. La táctica francesa ponía el énfasis en el avance rápido de pequeños grupos mientras otros los apoyaban con fuego. Los británicos, que no desconocían esta sofisticación del tradicional “fuego y movimiento” consideraron que era demasiado difícil de enseñar para las divisiones Kitchener, por lo que dispusieron de una táctica más simple. En este sentido parecía que el éxito dependía de lo que pudiera hacer la artillería a favor de la infantería. La artillería comprendía una gran variedad de armas con distintas municiones: la artillería de campaña, compuesta de cañones de dieciocho libras y obuses de 4,5 pulgadas que disparaban granadas pequeñas o granadas de gas (mas raramente);



la artillería de calibre medio, con cañones de sesenta libras y 4,7 o 6 pulgadas que disparaban granadas de gran potencia explosiva; y una variedad de obuses pesados de 6, 8, 9,2, 12 y 15 pulgadas. Además, las brigadas de infantería controlaban sus propios “morteros de trinchera” de 2, 3 o 4 pulgadas. El alcance, el peso de la granada y la trayectoria determinaban las misiones de las armas. Los morteros de trinchera se utilizaban contra blancos próximos, las trincheras enemigas para tratar de deshacerlas; y las alambradas, para tratar de cortarlas. Esto último era la función más importante de la artillería, porque de no lograrse, el avance de infantería se vería detenido la mañana del día de ataque al otro lado de tierra de nadie.

Por otro lado tenemos la defensa alemana. Los pueblos eran los puntos fuertes de la línea alemana, pero el elemento más importante de defensa en ellos era el fuego de ametralladora. La artillería pesada británica iba a dedicar los seis días de la “preparación” a la destrucción de estos asentamientos. Para nuestro autor, la aparición de la ametralladora fue el hecho más importante porque se trataba de una máquina, y de un tipo muy avanzado. El que manejaba la ametralladora era considerado el cerebro de la máquina. Afirma que la ametralladora no había disciplinado el acto de matar, sino que lo había mecanizado o industrializado. Esta tenía como característica el ser portátil, ocultable y compacta.

Por tanto, si se consideran los preliminares del 1 de julio como una confrontación entre tecnologías, la artillería pesada británica competía en términos desiguales con las ametralladoras alemanas.

El bombardeo inicio el 24 de junio, estaba previsto que durara cinco días, pero una demora en el día D hizo que durará 7 días. Por su lado, los alemanes se dispusieron a aguardar en sus refugios el cese del fuego. El bombardeo británico continuaba durante el 26, 27 y 28 de junio como sin método. El 30 de junio fue una repetición de días anteriores, la mayoría de los alemanes estaban en los abrigos todavía intactos.



Nuestro autor dice que la batalla estaba a punto de comenzar y que su primer acto, realmente decisivo, iba a ser “la carrera hacia el parapeto”: una carrera que para los británicos se extendía desde su propia trinchera de vanguardia hasta tierra de nadie; y para los alemanes, desde el fondo hasta arriba de las escaleras de sus abrigos. Se pregunta ¿cómo había poderse perdido el esfuerzo de la artillería británica? Aquí la explicación es técnica. Una vez desconectada la metralla queda el efecto de los obuses y de los cañones pesados. De un total de doce mil toneladas –el peso de las granadas lanzadas a los alemanes-, solo unas novecientas era de explosivo de gran potencia. Lo que ocurrió fue que la gran mayoría se disipó en el aire, lanzando hacia arriba una masa de material de superficie, que resultaba visualmente impresionante (las escenas típicas de la Primera Guerra Mundial); pero que hacia abajo ocasionó una conmoción insignificante. Las granadas que los proyectiles británicos dispararon contra los alemanes no eran las adecuadas y a menudo estaban mal hechas. También pesó el hecho de la falta de experiencia de muchos artilleros británicos, los de guarnición y los de campaña.

La batalla

La batalla del Somme iba a ser en muchos aspectos un acontecimiento más simple que Waterloo, al menos en la variedad de grupos armados de que tuvieron lugar sobre el terreno. En Waterloo se asistió a siete clases distintas de encuentros: artillería contra artillería, contra infantería y contra caballería; caballería contra caballería y contra infantería; infantería contra infantería; y combate individual. Algunos de ellos no pudieron producirse en el Somme, pues los caballos habían desaparecido del campo de batalla. También el combate singular había dejado de ser una opción, pues en un campo de batalla barrido por las balas, los soldados no podían ponerse a disposición para ello. Lo más parecido a un combate individual, dice el



autor, era el juego de “bombardear los ramales”, en el cual característica principal era que no se veía al enemigo. Por lo tanto solo había tres tipos de encuentros posibles en el Somme: artillería contra artillería; artillería contra infantería; e infantería contra infantería.

Infantería contra ametralladoras

Una vez que los británicos habían dejado sus trincheras para avanzar hacia el asalto, no le fue demasiado bien a la infantería contra las ametralladoras alemanas. Sufrieron amplias pérdidas y los motivos son en parte los detallados más arriba.

Infantería contra infantería

El principal inconveniente con el que se topó la infantería británica era que en muchos lugares se encontraron con las alambradas sin cortar, prueba de la incompetencia de la artillería.

Luego remarca que en Julio de 1916, pocos artilleros sabían cómo hacer para que una barrera se “arrastrase” a un ritmo de marcha regular sobre un terreno ocupado por el enemigo, y, por prudencia, pocos soldados se arriesgaban a acercarse demasiado. Tarde o temprano, casi todos los batallones “perdían” la barrera, las razones de estas pérdidas eran las mismas: la infantería llegaba demasiado desorganizada por sus pérdidas como para poder continuar; o era entretenida demasiado tiempo por los defensores alemanes y la barrera se marchaba sin ella; o llegaba tan agotada por el esfuerzo físico o nervioso y se detenía a descansar.

Además de estas tres características, se enumera una cuarta, la cual es denominada impasse. Producto de la situación del campo de batalla y de las trincheras ubicadas en zigzag, soldados de ambos bandos podían aproximarse bastante sin causarse excesivo daño aunque consientes de la presencia enemiga. El modo de resolver este impasse era arrojando una



granada de mano por encima de la trinchera, y dando la vuelta a la carrera para llegar justo después que hubiese explotado. Esto era muy peligroso debido a que uno podía encontrarse con la explosión de la propia granada, o con el fuego de un soldado ileso.

La visión al cruzar tierra de nadie

A pesar de todo el primer día del Somme no había sido un fracaso militar, pero sí una verdadera tragedia humana, al punto que algunos llegaron a considerar que las trincheras fueron los campos de concentración de la Primera Guerra Mundial.

¿Por qué los altos mandos no frenaron a un batallón que seguía el camino de otro que ya se había encontrado con la muerte? Sí frenaron algunos batallones, pero la realidad es que la mayoría de los batallones que tenían previsto atacar y atacaron, sin importar lo que le pasaron a los anteriores. Las razones de esto son diversas: una es el habitual sentido militar de compromiso con un plan; otra, es el estilo de los mandos de la época, educados en la creencia de la inevitabilidad de las bajas; la tercera sería la idea de auto-sacrificio que impregnaba a los ejércitos. Pero la más decisiva para el autor, fue la ignorancia que tuvo todo el lado británico acerca de lo que estaba sucediendo durante la mayor parte de la jornada.

Esta incomunicación durante las primeras horas, fue producto del bombardeo y la humareda. Habían fallado todas las comunicaciones visuales y telefónicas. Se tuvo que depender de mensajeros. La razón de esto es sencilla. El sistema de comunicación era integral, se basaba en el teléfono y en el telégrafo, y corrían a través de una malla muy elaborada de “líneas terrestres” o “líneas aéreas”. Las “líneas aéreas” iban desde principales cuarteles generales hasta el cuerpo y la división. A partir de la división, y hasta la brigada y el batallón, las líneas dejaban sus postes para ir por tierra, pasando a ser “líneas terrestres”, enterradas bajo los enrejados de



madera del suelo, cuanto más se acercaban a la primer trinchera mas se enterraban, llegando a enterrarse hasta un metro ochenta. Esta instalación era lo que más tiempo había consumido, pero estaba justificada porque garantizaba la comunicación incluso bajo el fuego más intenso. Pero tenía una limitación, se interrumpía al llegar al borde de tierra de nadie. Al abandonar sus trincheras, las tropas quedaron más allá del sistema de comunicaciones.

Hoy parece incomprensible esto, dice el autor, y es porque estamos acostumbrados a pensar que la radio proporciona comunicaciones instantáneas con todo el campo de batalla. Los altos mandos no ignoraban este riesgo, pero producto de la ampliación del campo de batalla y, del alcance y el volumen de fuego, los generales ya no podían observar las batallas desde vanguardia. Así que se aceptaba que el principal trabajo del general debía realizarse en el despacho, antes del comienzo de la batalla. Fueron estas discontinuidades en la recepción de información las que hicieron imposible el control de la batalla. Los mandos no lograban saber dónde estaban los soldados.

Los heridos

El autor dice que la continuación del ataque a lo largo del día provocó que fuesen muchos los heridos sin necesidad y que permaneciesen agonizando en tierra de nadie durante todo el día.

Las heridas de Waterloo habían sido por lo general simples y únicas: penetraciones o perforaciones de lanza o de bala a poca velocidad, o cortes de sable. Las posibilidades de supervivencia del paciente eran altas. Las heridas del Somme, fueron mucho más variadas y severas. Las de arma blanca casi habían desaparecido, representaron el uno por ciento de todas las heridas de la Primera Guerra Mundial. Las de balas alcanzaron un treinta por ciento. Las heridas de granada eran las más terribles de



todas debido a los múltiples efectos que sus explosiones podían provocar en el cuerpo humano. Los fragmentos de metralla causaban heridas severas; además, solían incrustar fragmentos de uniforme, lo que hacía inevitable las infecciones.

La mayoría de las heridas eran nuevas para los cirujanos. La cirugía fue en muchas ocasiones necesariamente drástica, siendo las amputaciones mucho más comunes que en la Segunda Guerra Mundial. Las heridas grandes, donde la infección se presentaba desde el principio la cirugía, no tenían remedio.

A pesar de la intensificación de los daños para el soldado en la Primera Guerra Mundial, la medicina podía hacerle frente. Se había desarrollado un sistema para evacuarle si era herido, tratar sus heridas y devolverle la salud. El primer punto de este sistema era el puesto de primeros auxilios del regimiento. A los que no podían tratar, su destino era el puesto de clasificación de bajas, de donde serían trasladados a un hospital de base.

Pero aún quedaba una tarea de selección en la cirugía militar. Se llamaba triage, o “clasificar”. Consistía en que los cirujanos decidían quiénes podían soportar un traslado, quiénes debían ser intervenidos de urgencia y a quiénes había que dejar morir. Por otro lado, en la retaguardia del puesto de socorro había mucho transporte, pero en vanguardia era escaso. La evacuación recaía sobre treinta y dos camilleros, capaces de trasladar a dieciséis heridos necesitando una hora o más para cada viaje.

La motivación para el combate

Muchos no estaban preparados. En vísperas del Somme, varios soldados se auto-provocaron heridas para evitar ir al frente. Sin embargo, hay razones que motivaron a muchos. El autor dice que se ha visto que actuaban factores especiales que estaban implícitos en la composición y experiencia –o inexperiencia. Pero además de su cohesión, su sentido de la



misión, su espíritu de auto-sacrificio y su patriotismo, había otros elementos como la autoconfianza y la credulidad. Pero también hay razones para pensar que el liderazgo fue de más calidad y tuvo mayor significación en la Primera Guerra Mundial –al menos en el ejército británico– que antes o que después. Aquí se vuelve a hacer hincapié en la relación de los jóvenes que pasaron a ocupar los puestos de oficiales. Esto se debió en parte a que eran los más preparados, producto de que provenían de los colegios privados, y el regimiento británico era una creación, una extensión, de los colegios privados victorianos.

Aquí también dice que como motivación hay que descartar la esperanza de botín. La coerción, por su parte, seguía siendo un agente importante para llevar los hombres a la lucha. Sin embargo, este factor no nos responde del todo a las motivaciones, por lo que prefiere analizar qué es lo que motivaba a los alemanes a combatir. La topografía del campo de batalla ejercía una poderosa influencia. La explicación de por qué los alemanes ametrallaron tan ferozmente, se debe a que rendirse era deshonroso y peligroso, mientras que huir era imposible.

Esto le permite explicar que al igual que a los alemanes, a la infantería británica la impulsaban a seguir hacia adelante factores mecánicos y topográficos. En muchos casos, lo más seguro era seguir presionando hasta la siguiente trinchera enemiga. Alcanzarla significaba ganar espacio a retaguardia en caso que sea necesario maniobrar una posterior retirada, y servía para dejarle espacio a las siguientes oleadas que podían funcionar de refuerzo en caso de contraataque enemigo.



Lenin, V.; Trotsky, L.; Luxemburg, R.; Liebknecht, K y Mehring, F. (2014) *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: IPS / CEIP León Trotsky. 318 páginas.

“Un siglo después, los marxistas y la Primera Guerra Mundial”¹

Por Guillermo Iturbide (traductor y editor de la obra)

“Nosotros, revolucionarios marxistas, no tenemos ninguna razón para perder las esperanzas. La época en la cual estamos entrando ahora, será nuestra época. El marxismo no está derrotado. Al contrario, si bien el estampido de la artillería en todos los campos de batalla de Europa significó la bancarrota de las organizaciones históricas del proletariado, también proclama la victoria teórica del marxismo. ¿Qué queda ahora de las esperanzas de un desarrollo “pacífico”, de la mitigación de los contrastes de clase, del tránsito gradual al socialismo? (...) La guerra, por lo tanto, no resuelve la cuestión obrera sobre una base imperialista. Al contrario, la intensifica, planteando como alternativa para el mundo capitalista la guerra permanente o la revolución permanente. (...) Nosotros, los socialistas revolucionarios, no queríamos la guerra. Pero no le tememos. (...) Ponemos manos a la obra entre el rugido de los cañones, la destrucción de las catedrales y el alarido patriótico de los chacales capitalistas. Mantendremos claras nuestras ideas en medio de esta infernal música de muerte. Nos sentimos la única fuerza creadora del futuro. Somos muchos más de lo que parecemos. Mañana seremos mucho más numerosos que hoy. ¡Sesenta y siete años después de la publicación del Manifiesto Comunista, millones de hombres se agruparán bajo nuestra bandera, hombres que no tienen nada que perder, salvo sus cadenas!”²

En este mes de octubre, mientras usted lee esta revista, se está cum-

¹ El presente texto fue publicado anteriormente en la revista *Ideas de Izquierda* n° 14, de octubre de 2014.

² León Trotsky, “La guerra y la Internacional” [octubre de 1914], en Lenin, V.; Trotsky, L.; Luxemburg, R.; Liebknecht, K y Mehring, F. (2014) *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: IPS / CEIP León Trotsky. pp. 155-157. En adelante pondremos entre corchetes, en el texto, el número de página donde se pueden encontrar los textos.



pliendo un siglo desde que se escribieron las líneas de aquí arriba. Seguramente al lector lo arrebate la belleza del estilo y, por lo demás, si piensa que tres años después su autor dirigió la Revolución rusa, entonces le parezcan sensatas. Pero si se ubica mentalmente en 1914, se dará cuenta de que la gran mayoría de los lectores de ese entonces deben haber pensado que León Trotsky era un serio candidato a un lugar en un hospital mental... En ese escenario, en el campo de la teoría, se estaba produciendo una enorme renovación.

El fundamento de una reelaboración del marxismo, centrado en el combate

Marxistas en la Primera Guerra Mundial, la antología que acaba de publicar el IPS y el CEIP León Trotsky, explora el nexo entre dos “instituciones” aparentemente separadas y opuestas: la guerra y la revolución.

En el partido más importante de la Segunda Internacional, la socialdemocracia alemana, Franz Mehring es el primero en llamar la atención del movimiento obrero sobre la necesidad de estudiar los problemas de estrategia militar, con la publicación de la obra sobre la historia de la guerra de Hans Delbrück. Luego, en el debate alrededor de la huelga de masas, protagonizado por Rosa Luxemburg por un lado, y Karl Kautsky por el otro, este último toma los conceptos desarrollados por Delbrück sobre los dos tipos de estrategias de la guerra moderna,³ para utilizarlos en la polémica: el movimiento obrero debe adoptar una “estrategia de desgaste” que, en su adaptación a la política socialdemócrata, implica evitar lo más posible el enfrentamiento con el Estado e ir conquistando posiciones en forma gradual hasta ir “agotando” al enemigo. Quedaba claro que aquí la alusión a la guerra no era más que una metáfora. La famosa fórmula de Clausewitz

³ Ver Anderson, P. (1976) “Kautsky y la ‘estrategia de desgaste’” en *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontamara. Pp. 100 – 105.

de que “la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios” aún no había sido asimilada conscientemente por el marxismo y traducida a una estrategia política revolucionaria de los trabajadores antes de la guerra de 1914.

En los años inmediatamente previos a la guerra, cuando se consolida la burocracia de los partidos socialdemócratas y de los sindicatos, tiende a fortalecerse mayoritariamente entre los socialistas una concepción de la guerra y la política como dos instancias mutuamente excluyentes. No obstante, es el ala izquierda de la Internacional quien tiende puentes entre ambas. Lenin y Rosa Luxemburg fueron redactores del “Manifiesto contra la guerra del Congreso de Basilea de la Segunda Internacional” (1912) [41], donde plantean no solo medidas para evitar el peligro de guerra, sino que, además, plantean cómo continuar una política revolucionaria durante la guerra en caso de no poder evitar su estallido. Lenin en 1915 se dedica a una reelaboración del marxismo partiendo de criticar las falencias de la teoría predominante en los tiempos de preguerra de la Segunda Internacional.⁴

Carl Schmitt consideró a las notas de Lenin sobre Clausewitz como “uno de los documentos más formidables de la historia universal y de las ideas” (Teoría del partisano). Una parte clave de esta reelaboración pasa por acometer la “traducción” de la famosa fórmula de Clausewitz, donde ya la relación entre guerra y política obrera no es una simple metáfora, como era para Kautsky, sino que guarda relación con el carácter de la nueva era que se abre en 1914: la época imperialista, caracterizada por crisis sociales,

⁴ Hay estudiosos actuales de la obra de Lenin, como el académico canadiense Lars Lih, que sostienen que esto no es así, sino que en realidad el revolucionario ruso simplemente siguió sosteniendo lo que había sido el pensamiento de Kautsky hasta 1909 (con su libro *El camino al poder*). Creemos que esta visión subestima la apropiación que hace Lenin de la obra de Clausewitz y su estudio de la dialéctica hegeliana, que tendrán repercusiones posteriormente en un horizonte estratégico de la Internacional Comunista cualitativamente diferente al de la Segunda Internacional de la preguerra.



políticas y económicas, por guerras y por revoluciones, lo cual impone a la política obrera despojarse de su visión gradualista y prepararse para un escenario más convulsivo, donde los enfrentamientos de clase ya no pasan solamente por huelgas y manifestaciones más o menos pacíficas, sino que llevan frecuentemente a enfrentamientos violentos.

Aun con discusiones, solamente el ala izquierda agrupada en la Conferencia de Zimmerwald llevará a cabo esta política en la Primera Guerra Mundial. Es llamativo también que luego, en la década de 1930, ante la perspectiva de la Segunda Guerra Mundial (y donde ya no solamente la socialdemocracia jugará un rol contrarrevolucionario, sino también el estalinismo), prácticamente todos los grupos socialistas de oposición y sus organizaciones internacionales se disolverán ante el estallido de la guerra en 1939, a excepción de la Cuarta Internacional, que pudo enfrentarla armada con las lecciones de la izquierda zimmerwaldiana⁵ de la Primera Guerra y así sobrevivir al final de la guerra en 1945, luego de haber tenido que luchar, con debates y diferencias, en condiciones extremadamente difíciles.

La lucha de clases también atraviesa la guerra, primero intrincadamente, luego en forma abierta

En 1887, Friedrich Engels formuló una profecía terrorífica. El compañero de ideas de Marx no era precisamente un místico. Esa visión simplemente se deducía del análisis de las tendencias del capitalismo, que en las últimas dos décadas del siglo XIX se desarrollaba febrilmente.

Una guerra mundial de una magnitud y una violencia hasta hoy impensables. De ocho a diez millones de soldados se matarán entre sí (...) La

⁵ Por la Conferencia de Zimmerwald de 1915, donde se reunieron los socialistas europeos opositores a la guerra.



destrucción de la Guerra de los Treinta Años comprimida en tres o cuatro años, extendida por todo el continente.⁶

El desarrollo de la carrera armamentística entre los Estados imperialistas y las disputas por la hegemonía colonial en esos años llevó a ampliar enormemente los ejércitos y al empleo de la conscripción masiva, en vez de contar solamente con ejércitos profesionales, como antaño. Engels pensaba que esto traería inestabilidad en las fuerzas armadas, introduciendo en el pilar del Estado burgués las contradicciones de toda la sociedad y las haría más vulnerables a la difusión de ideas revolucionarias. Pero esta desventaja estaba compensada, en la visión de Engels, por el desarrollo paralelo de la tecnología militar y las vías de comunicación que permitiría intermediar más en los choques directos entre ejércitos y hacer más rápidos los combates.

Con la experiencia de la revolución de 1905 a cuestas, Trotsky ya no estaba muy seguro de que esto último fuera una barrera eficaz contra la revolución. La provisión y transporte de armas, y los ferrocarriles, dependen también de los trabajadores, y por lo tanto las huelgas en esos sectores serían una herramienta estratégica de los obreros que atacaría un área sensible del Estado y haría las tareas más difíciles a los Estados Mayores.

El desarrollo de las fuerzas productivas en las principales potencias europeas se expresó también en la carrera de armamentos, donde la competencia entre Estados llevó, hasta comienzos de la guerra, a un virtual empate tecnológico. Ante la capacidad mortífera de la artillería y nuevas armas como las ametralladoras, el combate frontal entre tropas de infantería dejó su lugar al predominio de la guerra de trincheras.

⁶ F. Engels, prefacio al folleto de Sigismund Borkheim, *Zur Erinnerung für die deutschen Mordspatrioten 1806-1807*, citado en Lenin, V. (1969) [1918] "Palabras proféticas" (1918) Obras Completas vol. 27. Buenos Aires: Cartago.



Esto tuvo enormes consecuencias sociales. Los ejércitos conscriptos europeos estaban formados, en su mayoría, por campesinos, junto a una minoría de obreros.⁷ En su Historia de la Revolución rusa, Trotsky dice que justamente esa revolución se podría haber dado en 1914, como continuidad del ascenso obrero que comienza en 1912; si esto no fue así se debió justamente a la guerra. La primera guerra imperialista solo podría comenzar partiendo de la derrota de la clase obrera como factor revolucionario (de la misma manera, la Segunda Guerra Mundial comenzó en septiembre de 1939, inmediatamente después del triunfo de los fascistas en la Guerra Civil española).

En Rusia predominaba el elemento político de un campesinado políticamente atrasado de millones, armado, y que súbitamente se veía involucrado en los destinos del país, frente a una clase obrera influida por los marxistas que se vio diluida. Sin embargo, tanto el sacudimiento de las condiciones de vida “normales” y apáticas del campesinado, como de los límites hasta entonces impuestos a la clase trabajadora, tienen un efecto psicológico y social brutal. Esta experiencia histórica colosal, que derribó de un golpe a la Internacional, oculta un peligro mortal para la misma sociedad burguesa. Semejante conmoción no puede menos que patear el tablero de las relaciones sociales tal y como estaban hasta ese momento:

⁷ La más notoria excepción fueron las Fuerzas Armadas británicas, que tenían una composición mayoritariamente obrera, acorde a su propia población. No obstante, no fue sino hasta 1916 que el Reino Unido estableció la conscripción. Hasta ese entonces solo era un ejército profesional donde se incorporaban voluntarios. Esto ha llevado a numerosos historiadores a hablar del entusiasmo nacionalista de los obreros británicos. No obstante, marxistas como Ian Birchall demuestran que esa supuesta “elección” masiva de alistarse como voluntarios estaba en gran medida determinada por enormes presiones por parte de los patrones y el Estado, para que los trabajadores hicieran su “esfuerzo patriótico”, incluyendo promesas de reintegrar a los despedidos a sus trabajos, o directamente amenazas de perder el empleo si no lo hacían. Ver Ian Birchall (1996) “The First World War”, disponible en su website: grimanddim.org [consultado en octubre de 2014].



“El martillo es arrancado de las manos del obrero y en su lugar se ha colocado el fusil. Y el obrero, atado de pies y manos a la maquinaria del sistema capitalista, repentinamente sale a la superficie y se le enseña que los objetivos de la sociedad están por encima de la felicidad individual, e incluso de su propia vida. Con el arma que él mismo ha fabricado, el obrero alcanza una posición en la que el destino político del Estado depende directamente de él. Aquellos que en tiempos normales lo explotaban y despreciaban, ahora lo adulan servilmente. Al mismo tiempo se familiariza con el cañón” [152]

¿Capitalismo sin militarismo?

Pero solo una pequeña minoría del movimiento socialista ligaba las perspectivas del fin de la guerra a la revolución. Dentro de las corrientes de oposición socialdemócratas predominaba abrumadoramente el pacifismo. El principal ideólogo de esta corriente era nada más y nada menos que Karl Kautsky. En el comienzo de la guerra, el “Papa” de la Internacional terminó de desarrollar su teoría del “ultraimperialismo”. Esta teoría partía de igualar al imperialismo con el militarismo. De esta manera, según Kautsky, el imperialismo no era un rasgo esencial del capitalismo contemporáneo, sino que era la expresión apenas de un sector de la burguesía, a saber, la del capital financiero y la industria armamentística, que estaba interesada, en función de sus intereses sectoriales, en la promoción de la carrera armamentística y la conquista militar de los pueblos coloniales con el objetivo de obtener mayores ganancias. Siguiendo esta teoría, la política imperialista de este sector burgués perjudicaba al interés común de la burguesía como clase en su conjunto, debido a que necesitaba arrastrar cada vez mayores cantidades de plusvalía de los sectores “productivos” de la economía para una industria parasitaria y que conllevaba grandes riesgos políticos.

De esta manera, para Kautsky y los pacifistas influenciados por él, el imperialismo no tenía base económica, sino que se trataba de un fenómeno puramente político. Consideraba a la explotación capitalista “normal” como un fenómeno pacífico, al que el imperialismo perturbaba, a raíz de lo



cual sería posible hacer una alianza de clases entre el proletariado y el sector de la burguesía “productiva”, no interesada en la industria armamentística, supuestamente interesada en hacer frente a la política imperialista, incluso en función de sus propios intereses como clase... La unificación política en una Unión Europea de Estados capitalistas sería la expresión de este “capitalismo pacifista”.⁸ Este sector participó de la Conferencia de Zimmerwald, donde constituyó su ala derecha. Lenin y los bolcheviques dirigieron el ala izquierda de la misma. Para Lenin, que estaba elaborando su teoría del imperialismo, no se puede separar la explotación capitalista de su constante tendencia a la expansión, y por lo tanto está necesariamente ligada al militarismo, por lo cual el capital financiero es el motor central.⁹

En términos generales, la Primera Guerra Mundial se trataba de una guerra interimperialista. No obstante, por la imbricación de diferentes Estados burgueses, abarcaba también otro tipo de conflictos, que desde el punto de vista de la revolución eran progresivos: por caso, la guerra de los Estados oprimidos balcánicos contra potencias imperialistas como Austria-Hungría que buscaba subyugarlos. Por lo tanto, su oposición a la guerra era opuesta por el vértice al pacifismo: se trataba de una oposición a la guerra *imperialista*.¹⁰ En una guerra reaccionaria como esta, por lo tanto, los socialistas de las potencias imperialistas debían sostener una política

⁸ El análisis kautskiano del capitalismo por cierto no es una reliquia del pasado, sino que a comienzos del siglo XXI fue retomado por la corriente “autonomista” referenciada en Antonio Negri y su libro *Imperio*. Como se puede corroborar leyendo la polémica de Rosa Luxemburg contra Kautsky en “Utopías pacifistas” [21], Kautsky fue uno de los principales mentores de la utopía reaccionaria de una Europa capitalista unificada, plasmada en la UE actual con todas sus contradicciones.

⁹ En la antología se puede encontrar una excelente síntesis de Lenin de su teoría del imperialismo y su relación con la cooptación de un sector privilegiado de la clase obrera, en “El imperialismo y la escisión del socialismo” [269].

¹⁰ “Nosotros, los marxistas, diferimos tanto de los pacifistas como de los anarquistas en que reconocemos la necesidad de estudiar históricamente (desde el punto de vista del materialismo dialéctico de Marx) cada guerra en particular. La historia ha conocido muchas guerras que, pese a los horrores, las ferocidades, las calamidades y los sufrim-



opuesta a la “paz civil” pregonada por la burguesía y la derecha socialdemócrata. Karl Liebknecht sintetizó esta idea en una proclama que los espartaquistas distribuyeron ilegalmente por calles: “¡El enemigo principal está en el propio país!” [189]. La clase obrera no podía menos que “desear” la derrota de su propio país, mantener la lucha de clases y continuar una política socialista independiente también durante la guerra. Esta última, en la nueva época imperialista, es una institución más que ha llegado para quedarse en forma permanente, y por lo tanto los marxistas tienen que hacer política también dentro de ella. Esta política no puede menos que debilitar el poder de fuego de las propias fuerzas armadas, debilitando su cohesión, extendiendo la lucha de clases también dentro del ejército.¹¹

En 1934 León Trotsky plasmaba las conclusiones a las que había llegado el Partido Bolchevique producto de la síntesis entre su propio punto de vista y el de Lenin:

“La experiencia de los años 1914-1918 demuestra, al mismo tiempo, que la consigna de paz de ninguna manera se contradice con la fórmula estratégica del “derrotismo”; por el contrario, desarrolla una tremenda fuerza revolucionaria, especialmente en el caso de una guerra prolongada. La consigna de paz adquiere un carácter pacifista, es decir estupidizante, debilitante, solo cuando juegan con ella los políticos democráticos y otros por el estilo; cuando los sacerdotes ofrecen plegarias por la rápida terminación de la matanza; cuando los “amantes de la humanidad”, entre ellos los socialpatriotas, urgen plañideramente a los gobiernos a hacer rápido la paz “sobre una base justa”. Pero la consigna de paz no tiene nada en común con el pacifismo cuando surge en los

ientos que toda guerra acarrea inevitablemente, fueron progresistas, es decir, útiles para el progreso de la humanidad, contribuyendo a destruir instituciones particularmente nocivas y reaccionarias (como, por ejemplo, la autocracia o la servidumbre), y las formas más bárbaras del despotismo en Europa (la turca y la rusa). Por esta razón, hay que examinar las peculiaridades históricas de la guerra actual”. Lenin, V. “El socialismo y la guerra” [julio-agosto 1915] [197].

¹¹ Sobre las diferencias entre Lenin y Trotsky en la Conferencia de Zimmerwald alrededor de la fórmula del “derrotismo”, ver el prólogo a *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*.



cuarteles y trincheras de la clase obrera, cuando se entrelaza con la consigna de fraternidad entre los soldados de los ejércitos enemigos y unifica a los oprimidos contra los opresores. La lucha revolucionaria por la paz, que asumirá formas cada vez más amplias y audaces, es el medio más seguro de “transformar la guerra imperialista en guerra civil”.¹²

Las conclusiones del rico acervo de los debates de la izquierda revolucionaria durante la Primera Guerra Mundial, que tuvieron a Trotsky como uno de sus principales protagonistas, le permitió cumplir la función que él consideraba como la más importante de toda su vida: ser el nexo entre la generación de la victoria de la Revolución de Octubre y la de los nuevos revolucionarios que debían enfrentar la Segunda Guerra Mundial, salvando así el honor y la continuidad del marxismo.



¹² “La guerra y la IV Internacional” [junio 1934], en AA.VV. (2004) *Guerra y revolución. Una interpretación alternativa de la Segunda Guerra Mundial*. Buenos Aires: CEIP. Pp. 134 – 165. Pág. 157.

Hardach, G. (1986) *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*. Barcelona: Crítica. 368 páginas.

Por Felipe Livitsanos

En un detallado análisis sobre el abrupto cambio que la Primera Guerra Mundial produjo en el proceso de la historia económica mundial, Gerd Hardach aborda esta temática desde dos perspectivas. Por un lado considera que la Primera Guerra Mundial produjo cambios estructurales económicos aún más perdurables que la misma crisis de 1929. El proceso de ruptura en el comercio y la economía internacional fue profundo y perdurable. Por otro lado, Hardach maximiza el nuevo rol que adquirió el Estado en la economía con la movilización de soldados, mano de obra, producción de armamentos y la relación con el sector empresarial y el sector sindical.

La tesis fundamental del historiador alemán es que los países tuvieron que cambiar el rol del Estado en el transcurrir de la guerra como única manera de poder solventar, financiar, sostener materialmente la guerra y lograr el apoyo tácito de la población y el aval de la clase obrera. Las necesidades financieras superaron en mucho lo pautado inicialmente y se apeló a un financiamiento a través de emisión monetaria, empréstitos patrióticos internos y cuándo ello no alcanzó se viró hacia una entramada red de financiamiento internacional, que tuvo como gran acreedor final a los Estados Unidos de América.

La forma de enfocar el libro es bien empírica, ya que explica de manera detallada la evolución de la economía mundial desde la guerra naval y submarina, la política de armamentos, el financiamiento de la guerra, el abastecimiento de alimentos. El autor parece no estar interesado en el análisis de las causas de la guerra, solo desarrolla un breve análisis del imperialismo. La primera guerra mundial tiene una lógica propia debido al cambio en



la forma en que los gobiernos la encararon y a las transformaciones sustanciales que modificaron la economía mundial. Describe la política de bloqueos comerciales que surgieron entre la Entente y las potencias centrales con la necesidad de controlar las rutas de navegación. Las políticas de convoyes, la planificación y las reglas del derecho internacional en relación al hundimiento de barcos comerciales fueron algunas de las innovaciones. También la evolución desde un bloqueo restringido, permitiendo el comercio de países neutrales y aliados no intervinientes en la guerra con enemigos, hasta el bloqueo ilimitado que implicó acentuar las represalias contra todo país colaborador del enemigo. Tampoco realiza interpretaciones novedosas subjetivas sobre los temas, sino una profundísima descripción de los hechos económicos.

La política de armamentos es donde Hardach advierte un rol del Estado muy importante. En un inicio en muchos países se deja librada la producción al mercado, es decir, a las empresas de armas y siderúrgicas. Pero como explica en el caso inglés, la producción demostró ser totalmente insuficiente y cubría solo el 20 por ciento de las necesidades reales. Por eso, el Estado, a través de incentivos, de producción propia o acordando con empresarios y sindicatos aceleró la producción de armas. Pero cada vez más, también, tenía una política de producción especialmente en municiones en fábricas estatales. En este sentido es importante destacar la utilización compulsiva de mano de obra femenina en producción de armas y el enlistamiento masculino con el servicio militar obligatorio. También la fijación de salarios bajos, la cuotas de racionamiento para alimentos a la población en general, reconversión de industrias en fábricas de armas y municiones, la tasación de precios altos para determinadas materias primas o insumos de guerra para favorecer a sectores empresarios. La reestructuración de las economías implicó el control por parte del Estado, que variaba país por país, de las importaciones, los alimentos, insumos militares, qué tipo de



armamentos producir en gran parte siguiendo tácticas militares y evolución de la política del enemigo, la reorganización de la agricultura, el impulso a la producción de armadores y el logro de monopolismo de Estado y autarquía de la producción, a expensas de la interdependencia económicas a escala mundial previa a la guerra. En este sentido Hardach muestra el avance cuantitativo y no solo cualitativo en producción. Parte de la tesis del autor está basada en la teoría marxista del desarrollo de las fuerzas productivas y la rápida acumulación de capital lograda al inicio con la industrialización militar y la ampliación de las desigualdades e injusticias sociales.

Desde el punto de vista financiero muestra la paralización total de conversión de las monedas y la libre circulación de capitales. Esto había sido determinante en el Patrón Oro precedente, que implicaba la libre conversión del oro con las monedas a una paridad fija. En la guerra se prohibió la exportación de oro, que era una de las bases del comercio internacional y de la división internacional del trabajo hasta 1914. El aumento de los presupuestos nacionales para financiar la guerra implicó la preocupación de fijar nuevos impuestos (por ejemplo sobre el carbón, sobre el consumo y el transporte) y la elevación de los precios de consumo masivo. Ello requirió, según Hardach, una importante emisión monetaria que generó mayores niveles inflacionarios y una pérdida de poder adquisitivo del salario real ya que los aumentos de precios abarcaban gran parte de los artículos alimenticios de primera necesidad. El Estado solo muy tímidamente intentó el aumento del impuesto a la renta.

Por otro lado, a lo largo de todo el libro hace un pormenorizado análisis de gran parte de los países que entraron en el conflicto, es decir, que realiza un análisis global de la guerra y también país por país. Explica cómo fue el financiamiento de la guerra y la política de armamentos en Gran Bretaña, Francia, Rusia, la entrada de Estados Unidos, Japón, China en la Entente y Alemania, Austria- Hungría, Imperio Turco Otomano y Bulgaria



en las potencias centrales. Un ejemplo de esto es la particularidad del caso alemán, que planifica inicialmente una guerra de 7 meses a través del daño total que podrían realizar los submarinos al comercio británico. Plantea que el intento de solución rápida alemana de la guerra debilitó y desgastó al país. También aborda más brevemente el rol que jugaron algunos países neutrales pero abastecedores de materias primas como la Argentina, Brasil, Chile y de países intermediarios del comercio como Noruega, Dinamarca, Holanda, Suecia.

Otro aspecto es el análisis de los debates y posiciones internas de cada país en torno a la guerra. Las posiciones más militaristas y las más moderadas, y la postura de los gobiernos y los empresarios para cooptar a la clase obrera. El autor le adjudica incidencia a la difusión de nacionalismo patriótico, pero fundamentalmente a la actitud colaboracionista de los dirigentes sindicales entre los que se destacaron los sindicatos socialdemócratas alemanes. La tregua social primó sobre los objetivos previos de creación de comunidades laborales que darían a los sindicatos un control mayor de la producción. Solo más tarde, en 1917, estallarían conflictos especialmente por escasez de alimentos. También habría que destacar los datos sobre el bajo nivel salarial de las mujeres. Remarca la oligopolización de la economía, aunque el Estado tiene un rol autónomo y no es mero ejecutor de la política de negocios de las grandes empresas. Por otra parte señala la creciente burocratización de la guerra con la ejecución de planes a través de la creación de departamentos de áreas como las oficinas de guerras, departamento de materias primas, servicios de suministros de armas, mando financiero de la guerra. En este sentido, destaca que en algunos países se dio el pasaje de grupos civiles de poder como Lloyd George en Gran Bretaña, a los mandos centrales militares, como Hindenburg en Alemania, con sus objetivos de la Mitteleuropa y el corredor hacia Oriente a través de Rumania, Bulgaria y el Imperio Turco Otomano.



Otro de los cambios trascendentales que explica Hardach es la descentralización de la economía mundial, con la desestructuración del modelo de países centrales productores de manufacturas y periféricos productores de materias primas. Plantea la emergencia de nuevas potencias como Estados Unidos y Japón; un proceso de industrialización más extenso en países como China, Argentina, Brasil y una decadencia de Europa como centro de la economía mundial. Destaca el papel de acreedor de Estados Unidos, ya que Europa le debía 7.000 millones de dólares al final de la guerra. También los costes de guerra en sector agrícola, deuda y pérdidas de producción y baja en crecimiento en sectores no militares.

El libro está organizado metodológicamente en partes. En primer lugar trata sobre el comercio internacional en época de guerra. Luego sobre la política de armamentos, de abastecimiento de alimentos, el tema de moneda y finanzas con los créditos de guerra y la emisión de moneda y deuda. Más tarde hay un capítulo sobre el rol de la clase obrera con la ambivalencia de la integración y colaboración con la guerra y sus ansias revolucionarias. También plantea los objetivos de cada país en cuanto a factores económicos y geopolíticos y un capítulo final sobre el legado de la gran guerra. También marca las diferencias que se establecieron entre trabajadores especializados y no especializados.

La narración de Hardach es técnica y compleja, abordando la Primera Guerra Mundial de manera extremadamente detallada. No utiliza lenguaje coloquial, sino una exhaustiva exploración de datos e información de variables económicas. Predomina un análisis científico sobre cada tema abordado.



Hart, P. (2014) *La Gran Guerra 1914 – 1918. Historia militar de la primera guerra mundial*. Buenos Aires: Crítica. 562 páginas.

Por Mariano Millán

El libro de Peter Hart es sin lugar a dudas una muy interesante historia militar de la primera guerra mundial. La construcción teórico - metodológica de la obra gira en torno al concepto de *rostro de la batalla*, acuñado en los años '70 del siglo pasado por el historiador militar británico John Keegan. Lo que se intenta rescatar desde este enfoque es precisamente la experiencia de la batalla, no tanto desde el punto de vista de los números, que están presentes, sino más bien desde la perspectiva que tenían los participantes acerca de la misma lucha en el terreno. En este sentido el trabajo de Hart abunda en excelentes documentos de jefes de Estados, altos mandos militares y también de oficiales y simples soldados rasos. Mediante aquellos materiales uno puede aproximarse de un modo más completo a la realidad de la guerra para los protagonistas: las disyuntivas políticas de los gobernantes, las alternativas estratégicas y tácticas de los grandes generales, el miedo y el dolor de los soldados que pelearon en las trincheras europeas.

El trabajo además es una historia militar completa, abarca todos los teatros de operaciones. El frente europeo occidental: Bélgica y Francia; el oriental, situado en Rusia, Polonia, el este del Imperio Austrohúngaro, los Balcanes, Bulgaria, Rumania, Grecia y el Imperio Otomano; el medio oriente: centralmente Irak, Irán y la Mesopotamia; el frente italiano donde terminaron por hundirse los Habsburgo; la lucha marítima, fundamentalmente en el Atlántico, y la articulación de un frente aéreo, con la introducción de la aviación.

Como buena historia militar está organizada cronológicamente, comen-



zando con los antecedentes donde se señala la existencia de una carrera armamentista europea, en la cual los principales Estados no solamente estaban aumentando y modernizando su arsenal, sino que también en varios de ellos se producían importantes reformas militares. Sin lugar a dudas, Alemania era el centro de una verdadera transformación en el reclutamiento y preparación de las tropas para la lucha a campo abierto en la era de las bayonetas, los fusiles y las ametralladoras. Rusia también había emprendido algunos procesos de modernización de sus fuerzas militares, sobre todo a raíz de la derrota frente a Japón en 1905, sin embargo la inconsistencia de su aparato burocrático había impedido que esas iniciativas tuvieran el mismo desarrollo que en el Estado germánico. No obstante estas afirmaciones, el Imperio zarista contaba con un ejército respetable y parcialmente preparado para el comienzo de la guerra.

Lo dicho hasta aquí no debe llevarnos a engaños. El autor reconoce que nadie estaba en condiciones para la guerra que luego se desarrolló. En todo caso los primeros éxitos de los germanos mostraban su mejor lectura del conflicto que se avecinaba, pero nadie suponía una guerra tan larga, costosa y cruenta.

Las victorias alemanas en la primera etapa del frente occidental son, en gran medida, el resultado de los avances hechos bajo la regencia del káiser Guillermo. Sin embargo, tras las derrotas iniciales Francia logró soportar la embestida, con un enorme sacrificio de sangre de su creciente ejército de infantería. En Europa Oriental la cuestión era, según Hart, sumamente interesante. Allí uno podía encontrar frente a frente a la fuerza de los Románov y la de los Habsburgo. Ambos imperios multinacionales, débiles política y administrativamente, más o menos atrasados en el desarrollo del capitalismo. Los dos se hundieron en la Gran Guerra. También relata las primeras dificultades experimentadas por los alemanes en Prusia Oriental y en Polonia, donde el ejército zarista lo tuvo inicialmente contra las cuerdas.



Pronto, luego de los primeros meses de batallas, el estancamiento se tradujo en el cavado de extensas trincheras. Frente a los nuevos desafíos que esta situación suponía llegaron las innovaciones armamentísticas y en las tácticas de guerra. En el frente occidental debutaron los gases venenosos y la artillería a gran escala. La mortalidad de este conflicto se multiplicó por miles, el horror de las masas humanas acribilladas y/o bombardeadas y/o envenenadas pudriéndose sus miembros en pozos dibujó el panorama cotidiano en las primeras líneas.

Para quebrar los tenaces sistemas de trincheras surgió la idea de “morder para no soltar”, que consistía en largos bombardeos de artillería, para pasar luego al avance de numerosas tropas. Esta táctica, inicialmente bautizada con pequeños éxitos, se mostró tan fútil como todas aquellas que se encaminaron a tratar de quebrar las líneas enemigas de manera frontal. En primer lugar debido a la deficiente precisión de la artillería. Durante el conflicto este factor se fue perfeccionando gracias a la acción de investigación llevada a cabo por la aviación. Naturalmente que el surgimiento de las fuerzas aéreas dio a luz los combates aéreos y los primeros ataques de aviación a infantería. También, otro producto del estancamiento fue el tanque, cuyos primeros modelos tuvieron escasos triunfos, pero ya al final de la guerra presentaban mayor contundencia y capacidad de acoplarse al trabajo de la infantería y la artillería.

Mientras tanto, en el mar, Hart señala que la orientación estratégica alemana consistía en causar el mayor daño posible a la flota británica, a sabiendas de que resultaba imposible vencer en ese terreno. Efectivamente durante los primeros años la marina teutona causó importantes trastornos en diferentes puntos del planeta. La aparición del submarino y de pequeños contingentes de embarcaciones con poderosa artillería, con excelentes y modernos sistemas de comunicaciones, fue una dura prueba para la mejor flota del mundo. Los ingleses intentaron liquidar el grueso de



las fuerzas alemanas, con victorias pírricas como la de Jutlandia, pero sin embargo hacia 1917 lograron realizar también ciertos cambios tácticos como el sistema de comboyes o el perfeccionamiento de sus comunicaciones que concluyeron por cercar a los alemanes.

El estancamiento de las trincheras en el frente occidental contrastaba con la movilidad en el este de Europa, donde los dos imperios que fenecieron en la guerra (Rusia y Austria - Hungría) cambiaban de manos ciudades y zonas. Este frente a su vez, considera Hart, trajo grandes dolores de cabeza para el alto mando alemán, que pensaba liquidarlo con premura para concentrarse en la lucha con Francia y Gran Bretaña. No fue así. A tal punto que Falkenhayn se vio obligado a trasladar permanentemente tropas al frente ruso, bajo las presiones de Luddendorf y Hindenburg (quién luego lo reemplazaría como máximo responsable militar de su Estado).

Los teatros periféricos también están presentes en el libro de Hart. Salónica, Gallípoli, Medio Oriente y Mesopotamia ocupan sus respectivos capítulos, organizados bajo la tónica de que el Imperio Británico buscaba allí reforzar su dominación colonial. En todos estos casos el autor destaca dos elementos: por una parte el alto costo de esta política, que en muchos casos como el de la península turca terminaron en el desastre; y por otra las complejas relaciones entre el mando local y la metrópoli, viéndose situaciones en las cuales la autonomía de las autoridades locales, como en India, terminó por agigantar un frente que debía ser mucho más limitado según la perspectiva global de la metrópoli.

¿Por qué venció la entente? Hart tiene una explicación sumamente compleja, que involucra varios factores. En primer lugar la cualidad de los aliados de cada bando. Los integrantes de la coalición comandada por el káiser se hundieron: el Imperio Austro-húngaro y el Imperio Otomano. Si bien ocurrió lo mismo con el zarismo, el impacto de su colapso fue absolutamente diferente. En primer lugar porque desde el punto de vista mili-



tar no significó un alivio instantáneo para los alemanes. El control del territorio conquistado en el Este resultaba un desafío que insumía ingentes esfuerzos después de la Revolución de Octubre. En segundo, y mucho más importante, a causa de que el descontento en las tropas y en el país visualizó con simpatía a la Revolución Rusa, aumentando la desobediencia y la insubordinación en el frente y la conflictividad social en el país.

En segundo lugar Hart muestra aquello que resulta evidente pero no por eso menos cierto: Alemania se agotó. Gran Bretaña y Francia contaban con extensos imperios de ultramar de los cuales llegaban, a medida que fueron solventando su política militar en el mar, crecientes cantidades de insumos y seres humanos listos para entrar en combate. A este factor debe agregarse la incorporación de los norteamericanos en 1917.

Sin embargo este segundo factor tiene un peso militar limitado. En realidad, Hart muestra que durante el conflicto armado se aceleró el desenvolvimiento de una carrera armamentista y, lo que es más importante, un desarrollo de la táctica y de las cuestiones tales como el reclutamiento y entrenamiento. En esta carrera los vencedores fueron las potencias de la Entente. La inicial tenacidad francesa contrastaba con la escuálida infantería británica, acostumbrada a la guerra focalizada en enclaves coloniales. Gracias a las iniciativas de Kitchener los británicos comenzaron el reclutamiento masivo y el entrenamiento de la infantería. Esta adaptación llevó los primeros dos años y medio del conflicto, pero resultó decisiva para su resolución. Algo similar dice nuestro autor acerca del rol norteamericano: un importante apoyo en la guerra en el mar y un flojo aporte en la guerra terrestre en el continente europeo.

Al mismo tiempo, como venimos mencionando, las tácticas también tuvieron su evolución. De las ofensivas ilimitadas de los primeros años de “morder para no soltar” ambos bandos fueron pasando a la graduación de



sus fuerzas en el terreno táctico, ordenando sucesivos avances y líneas para contener las contraofensivas.

Estas innovaciones tuvieron un salto importante con la artillería automatizada, que evitaba los vuelos de reconocimiento y el desplazamiento de grandes cañones, dejando de ese modo de presentar los indicios tan claros de una inminente ofensiva. Finalmente, las fuerzas de la entente abandonaron la noción de “morder para no soltar” por una idea mucho más completa de la ofensiva táctica: menos hombres pero mejor armados. Así, se combinaban los esfuerzos de la artillería, que hacia el final del conflicto trabajaba en base a oleadas y posiciones de diferente profundidad; los tanques, la aviación, la artillería móvil y la infantería, que trabajaba ya en pequeñas filas de no más de diez miembros a las que llamaban “orugas”. La simple fuerza bruta de la pólvora expresada en Verdún o el Somme, en tres años era una potencia mucho más precisa, detallada y multiforme. Las líneas alemanas comenzaron a quebrarse en buena medida por los factores antes descritos, y en otra a causa de la carencia de adaptación a estas novedades, estando a la vanguardia en 1914 y siendo los más retrasados en 1917 – 1918.

Por primera vez en cuatro años se habían quebrado las líneas de uno de los bandos. Durante 1918 la lucha fue encarnizada y sangrienta, pero Alemania estaba retrocediendo y finalmente fue derrotada por la Entente.

Pese a todas estas virtudes el libro de Hart tiene algunos elementos que merecen una atención crítica. En primer lugar se analizan con mucho mayor detalle las iniciativas militares de la Entente y dentro de éstas las occidentales, sobre todo las británicas y francesas. No tienen el mismo lugar en la narración los esfuerzos alemanes, ni que decir de los realizados por los rusos o aquellos llevados a cabo por el Imperio Austro-Húngaro u Otomano.

Por otra parte también es absolutamente explícito a la hora de señalar



las causas de la guerra: Alemania estaba descontenta con su lugar en el mundo y bajo una conducción política militarista y en condiciones de un escenario internacional carente de eficientes instrumentos diplomáticos terminó imponiéndose la opción por la guerra. Esta lectura no parece contemplar entonces la carrera armamentista de todos los Estados europeos en los años previos que el mismo autor describe en los primeros capítulos, así como tampoco hace justicia a los sistemas de equilibrios europeos. La diplomacia puede lidiar con determinadas contradicciones, pero no es el único mecanismo de la política internacional. Al mismo tiempo, lo que pensaban las conducciones políticas europeas era bastante similar durante el verano de 1914: para la navidad tenemos a los soldados en casa, como héroes. Pero “mi mano fuerza la de mi enemigo y viceversa”. Al fin y al cabo lo que se produjo fue una guerra nunca vista, a cuyos campos de batalla no asistieron ni padecieron los dirigentes y altos mandos que la declararon y condujeron. Por esos motivos, pasar del análisis de las causas a las culpas y responsabilidades puede esconder una mirada interesada.



Ferro, M. (1970) *La gran guerra (1914-1918)*. Madrid: Alianza Editora. 388 páginas.

Por Guadalupe A. Seia

La gran guerra (1914-1918) de Marc Ferro¹ fue publicada por primera vez en francés en 1969 por *Éditions Gallimard*. La edición en español de Alianza fue traducida por Soledad Ortega y publicada un año más tarde en Madrid. Los sucesos de la Primera Guerra Mundial han suscitado numerosas producciones de diversos estilos y enfoques. El texto de Ferro sobresale por presentar en menos de 400 páginas un recorrido por los aspectos más importantes de dicho hecho histórico: desde los factores económicos y políticos que movilizaron a las naciones, sus estrategias diplomáticas y militares hasta las ideas y sentimientos predominantes en esos años, tanto en el frente de batalla como en la retaguardia. Se trata pues de un ambicioso proyecto el que encara Ferro, esfuerzo que lo ha convertido en un clásico de la literatura disponible sobre el tema.

El libro se estructura en una Introducción y cuatro partes organizadas según un criterio cronológico-lineal. El primer apartado profundiza en los motivos y causas (inmediatas y profundas) del desenvolvimiento de dicha guerra. En el segundo caracteriza las formas, métodos y fines de la gran guerra recorriendo las principales batallas de los primeros años de enfrentamiento. En la parte III “La Guerra en tela de juicio” recupera los cuestionamientos y conflictos que surgieron alrededor de la guerra una vez que se

¹ Marc Ferro (1924) es director de estudios en *L'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales*. Es co-director de la revista *Annales*. Especialista en la Revolución Rusa y de la URSS y en historia del cine. También es autor de *La Révolution de 1917* (1967), *La Grande Guerre, 1914-1918* (1968), *Cinéma et histoire* (1976), *L'Occident devant la révolution soviétique* (1980), *Questions sur la Deuxième Guerre Mondiale* (1993), *Histoire des colonisations, des conquêtes aux indépendances (XIIIe-XXe siècle)* (1994), *L'internationale* (1996); *Les sociétés malades du progrès* (1999), entre otros.



notó que la misma no sería breve, ni que finalizaría necesariamente con una victoria de una de las partes. En el último apartado “La Metamorfosis” plantea sus consideraciones finales acerca de la guerra en general y de su culminación, en particular.

En la Introducción, Ferro presenta uno de sus aportes más interesantes –y novedosos en ese momento- para el estudio de la Gran Guerra y el debate historiográfico en general, también. El discípulo de Pierre Renouvin apuesta al examen sistemático de documentos cinematográficos y audiovisuales. Afirma que dicha decisión le sugirieron hipótesis y orientaciones de investigación diferentes a las desarrolladas por los historiadores que trabajaban con otro tipo de fuentes. El autor sostiene que la observación de la imagen resucita la psicología y las aspiraciones de los hombres, tan importantes de considerar como los aspectos económicos y políticos. Se propone dar cuenta de la complejidad de fenómenos históricos como éstos. Así, Ferro plantea que cada cual (mandos políticos, jefes militares, combatientes, obreros) construyó su cronología y experiencia de la misma guerra.

A lo largo del texto, Ferro reconstruye, no sólo a través de documentos cinematográficos, sino también de fuentes escritas diversas (prensa, literatura, documentos militares y diplomáticos) las ideas y sentidos que a lo largo de los años de conflicto y también anteriormente, diversos actores sociales tenían de la guerra. El autor da cuenta de una preocupación especial por los sentimientos de aquellos que conformaron las multitudes que fueron al frente de batalla y estuvieron en contacto directo con la muerte por años. Los que sobrevivieron y volvieron a sus lugares de origen a retomar sus antiguas vidas, conformaron para Ferro una nueva clase: “los sacrificados”. El resentimiento de los “ex-combatientes” (contra los mandos, contra los que se quedaron en la retaguardia, etc.) es considerado por el historiador como una condición de posibilidad de los fenómenos fascis-



tas y de derecha de los años posteriores. El historiador plantea como otra de sus ideas centrales que la experiencia de la guerra provocó fisuras profundas en las sociedades europeas, que generaron cuestionamientos sobre las ilusiones y el optimismo de los ciudadanos de Europa Occidental que partieron en 1914 a la guerra con “la flor en el fusil”.

A pesar de su preocupación por la psicología de los hombres, Ferro también retrata con claridad los intereses de las potencias imperialistas que se jugaron en el desarrollo de la Gran Guerra. En este sentido, también da cuenta de las transformaciones radicales que sufrió el “arte de la guerra” con el desarrollo de la segunda revolución industrial. Resulta interesante la detallada caracterización de las técnicas, las estrategias y los armamentos que reflejan un nuevo tipo de guerra (muy diferente a la guerra imaginada y planeada por sus protagonistas): industrial.

De este modo, Ferro logra plasmar los cambios profundos que la Gran Guerra produjo en muy variados aspectos de la realidad nacional de los países y transnacional del conjunto del mundo. Como plantea José María Nin de Cardona (1971) esta guerra marcó un jalón en la historia moderna y señaló el comienzo de la decadencia de Europa, que durante cuatro siglos conquistó y ordenó el resto del mundo. *La gran guerra (1914-1918)* de Marc Ferro retrata de manera contundente las transformaciones de las sociedades antes y después de este hito: el mundo ya no volvió a ser tal como fue conocido antes de 1914.

Bibliografía Consultada:

- ERLIJ, Evelyn (2009): “Marc Ferro: “El cine es una contrahistoria de la historia oficial”. Entrevista publicada en El Mercurio (Chile), el 20 de diciembre de 2009. Disponible en: <http://www.reporterodelahistoria.com/2009/12/marc-ferro-el-cine-es-una.html#.U6GxQ5R5PHA>
- NIN de CARDONA, José María (1971): “Marc Ferro, La gran guerra



(1914-1918), Alianza Editorial, Madrid, 1970, 387 pp." (reseña), en Revista de Estudios Políticos, nº 180, noviembre-diciembre, pp. 214-216, Madrid. Disponible en: <http://introduccionalahistoriajvg.wordpress.com/2014/04/12/%E2%9C%8D-la-gran-guerra-1914-1918-1968/>

